

EL FIEL LAICO EN EL HORIZONTE DE SU PERTENENCIA

Aspectos bíblicos de la teología del laicado

(2ª parte)

por Horacio BOJORGE, S. I. (Montevideo)

2.3. La pertenencia eclesial

2.3.1. Balance y perspectiva

Lo que hemos tratado con cierta profusión en los dos puntos anteriores contiene en germen y adelanta ya la materia que queda por tratar en este punto y en el siguiente: el ser en Iglesia y la participación en la misión eclesial al mundo.

Al tratar del ser del fiel cristiano propusimos el nombre de Hijos (de Dios) como el que mejor expresa su ser y en todo caso como el nombre que el creyente se da implícitamente a sí mismo cuando en la oración del Padre Nuestro invoca a Dios como Padre.

Como consecuencia de ese ser-en-relación con Dios que se define en términos de vinculación filial, nos asomamos, en el segundo punto a la santidad del cristiano, como don y como vocación. El Padre es no sólo el *modelo* según el cual los creyentes deben ser perfectos y misericordiosos, sino que su condición de hijos es el *motivo* por el cual han de ser santos porque y como su Padre celestial lo es. Pero además, la *posibilidad* misma de ser santos de este modo, no existiría si no fueran ya hijos, es decir si no estuviera de por medio la nueva generación, la regeneración. Pueden ser santos porque han sido hechos Hijos. En la participación del Espíritu de vida y santidad, está la fuerza para una vida santa.

Implícitos en estos dos puntos están ya los que nos quedan por tratar: a) el ser en Iglesia y b) la misión al mundo.

El ser en Iglesia es, desde el punto de vista de la koinonía, la pertenencia a un *nosotros*. Es lo que la conciencia creyente implícita invocando al Padre como Padre *Nuestro*, interpelándolo, desde su solidaridad colectiva, con el Hijo y todos los creyentes. Tratar del ser en Iglesia es por lo tanto prolongar el

estudio del sistema pertenencial divino-humano, trinitario-eclesial. Es mostrar la *koinonía* como comunicación y participación de los hombres en el nosotros divino. El ser en Iglesia es, a nivel de conciencia y actitudes, el existir vinculado, el vivir perteneciendo, *aproximado*: al Padre por la relación filial; al Hijo por la participación en su filiación, en su actitud obediente y por la comunión en su sangre; al Espíritu por su inhabitación santificadora, que nos hace domésticos de Dios y templos donde vive: en Iglesia por la relación fraterna a los demás fieles.

El ser enviado al mundo es participación en la misión del Hijo hecha posible por la donación y participación del Espíritu Santo.

No habría mucho más que agregar para mostrar cómo se articulan lógicamente entre sí estos cuatro aspectos, a través de los cuales pretendemos penetrar en la razón de ser del todo de la existencia creyente⁴⁶.

Al tratar los puntos restantes trataremos de insistir en el enfoque pertenencial. Nos acercaremos al ser en Iglesia desde la *koinonía*. Y a la misión al mundo desde el estar plenamente en el mundo pero sin pertenecerle: vivir en él sin pernoctar en él, como se nos dice en términos neotestamentarios.

2.3.2. *El ser del laico en la eclesiología de comunión*

El último Sínodo sobre los Laicos ha puesto el acento sobre la eclesiología de comunión como el contexto necesario para situar el papel del laicado en la Iglesia y en su misión al mundo⁴⁷.

El fiel laico no se distingue por ningún plus o diferencia específica que lo aparte del común ser eclesial. Lo caracteriza pre-

⁴⁶ En su discurso a la Comisión Bíblica del 14-III-1974, Pablo VI citaba estas palabras del P. M.-J. Lagrange: "No se podría encontrar el sentido del cristianismo por medio de un mero amontonamiento de textos, si no se penetra hasta la razón de ser del todo. Es un organismo cuyo principio vital es único". P. M.-J. Lagrange en: *Le Sens du Christianisme d'après l'exégèse allemande*, Paris 1918, p. 325. Los análisis que hacen perder de vista el todo pueden ofrecer su utilidad, pero han de complementarse con la visión sintética, la cual nunca se ha de perder de vista, sobre todo en cosas de fe.

⁴⁷ "En la medida en que nos alejamos del Sínodo de octubre pasado (1987), más se comprueba su resultado positivo, no sólo por haber reafirmado la enseñanza de los grandes documentos del Vaticano II, sino también por haber puesto el acento en la eclesiología de comunión como contexto necesario para situar el papel del laicado en la Iglesia de cara a la salvación del mundo", Juan Pablo II, Alocución a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana el 22-XII-1987, O. R. 3-I-1988, p. 10.

cisamente lo común. Son más bien los que dentro de la Iglesia están a su servicio, los que pueden reconocerse por una diferencia específica respecto del común ser cristianos: los ministros sagrados o los carismáticos consagrados⁴⁸.

"Lo que lo distingue no es un plus de dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio"⁴⁹. El fiel tiene pues múltiples carismas y ministerios eclesiales⁵⁰.

El enfoque pertenencial diluye las aporías y oposiciones entre los diversos roles, funciones o carismas, porque devuelve las partes, con toda la riqueza de su diversidad, a la perspectiva del

⁴⁸ "Todos los cristianos, laicos, clérigos, religiosos, tienen una misma dignidad siendo un "único Pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" (Lumen Gentium 4). Tal dignidad brota del bautismo, gracias al cual la persona es incorporada a Cristo y a la comunidad eclesial y llamada a una vida de santidad...". "Algunos fieles reciben el sacramento del Orden... otros están llamados a dar testimonio de la radicalidad en el amor de Dios...". Mensaje del Sínodo de los Obispos al Pueblo de Dios, O. R. 8-XI-1987, p. 24, n. 3.

⁴⁹ "El Sínodo se ha dedicado a profundizar en la figura del laico, destacando su extraordinaria importancia y actualidad en el mundo moderno. Punto de partida han sido las enseñanzas del Concilio sobre la Iglesia en su realidad de "misterio", de "comunión" y de "misión"... "en el contexto de la Iglesia-comunión" el fiel laico es "miembro" del Pueblo de la Alianza, que está llamado a vivir en unión con Dios por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. Y esto, en comunión con todos los demás bautizados. Por consiguiente, él no puede nunca cerrarse en sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad, sino que debe vivir en un continuo intercambio con los otros, con un vivo sentido de fraternidad, con la alegría de una idéntica dignidad y con el compromiso de hacer fructificar juntos el gran tesoro recibido en herencia. El Espíritu del Señor le dona a él, como a los demás, múltiples carismas, lo invita a diferentes ministerios y encargos, le recuerda, como también les recuerda a los demás relacionados con él, que todo lo que le distingue no es un plus en dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio... de esta manera los carismas, los ministerios, las tareas y los servicios del fiel laico existen en la comunión y para la comunión. Son riquezas complementarias en favor de todos, bajo la sabia guía de los pastores", Juan Pablo II, Homilía en la Misa de Clausura del Sínodo sobre los laicos el 30-X-1987, O. R. 8-XI-1987, pp. 10-11.

⁵⁰ "En la medida en que lo permitan vuestros recursos y deberes estáis llamados a apoyar y participar activamente en las actividades de la Iglesia" Juan Pablo II, a los Laicos de USA, San Francisco 18-IX-1987, O. R. 1-XI-1987, p. 19, n. 2.

"A la luz de la reflexión sinodal, se puede decir que en muchos campos del compromiso pastoral los sacerdotes solos no podrán realizar todas sus tareas sin la participación de los laicos, sin la colaboración de estos a escala parroquial y diocesana... ¡Qué numerosas son estas tareas pastorales, comenzando por la catequesis de niños, jóvenes y adultos, hasta la pastoral de la familia y de los diferentes grupos profesionales y ambientales!". Juan Pablo I a los obispos de Gniezno, Varsovia y Poznan en Visita ad Limina el 19-I-1988, O. R. 24-I-1988, p. 9.

todo. Como dentro de la familia no hay oposición sino diversidad de relaciones, así también en la comunión eclesial.

2.3.3. *La eclesiología de comunión en el Nuevo Testamento tiene en el grupo de palabras koinoo-koinonos-koinonía una expresión privilegiada* y que permite comprender la complejidad de la comunión eclesial. Se ha dicho que *koinonía* expresa la quintaesencia de la comunidad de la Nueva Alianza, o sea del nuevo pueblo de Dios que es la Iglesia, y que el término expresa el propio y verdadero sentido de la vida cristiana. Es un término bíblico central para una teología de la vida cristiana ⁵¹.

Koinonía expresa la membrecía (fellowship) característica del pueblo de la Nueva Alianza ⁵², y califica apropiadamente el modo propio que tiene la pertenencia y la participación, en el sistema de los vínculos que unen a Dios y a los hombres en la Iglesia.

El término expresa por igual los vínculos que unen a los fieles con Jesucristo, con el Espíritu Santo, con el Padre y entre sí. Koinonía se usa pues indiferentemente en el Nuevo Testamento para lo que, fuera de él, se ha distinguido como dimensión vertical y dimensión horizontal. Podría preguntarse si el distingo no es sólo ajeno al contenido del término, sino también contrario a él.

⁵¹ "The biblical *koinonía* provides a new interpretation of Christian life which itself adds to the originality of the NT *koinonía*. . . The entire move of *koinonía* is towards the Son and in Him to the Father. But this vertical move really produces a horizontal dimension. Christ is set at the focal referring point of both the vertical and horizontal dimension of *koinonía*. Without his mediation no move in any direction is possible. Seen in this light *koinonía* expresses the real sense of Christian life. And as such could it not be interpreted as the quintessence of the new covenant community of the New Testament?" George Panikulam, *Koinonía in the New Testament A Dynamic Expression of Christian Life*. (Analecta Biblica 85) Roma 1979, p. 142. El autor, de la Diócesis de Trichur, India, dice en el prólogo que ha elegido el tema porque proviene de una cultura donde la pertenencia (fellowship) es muy relevante: "Coming from a cultural background where the Church can have a real relevance in terms of fellowship, it was our cherished interest to study the concept of fellowship in the NT.", p. V.

⁵² "It is here (Hch 2,42) that the author introduces the syntesis of life of the new community. As through the interior transformation of the law (Jer 31,33) and the permanence of the Spirit (Ez 36,27) Yahweh made Israel a new people, so also here we have through the working and permanence of the Spirit and through the perseverance in the context of God's realised plan of salvation, a new community. A community which shapes itself into the needs and imperatives of this new plan of salvation realised in Christ. It is the Spirit that forms and vitalises the community into this realisation, giving it a spiritual basis and an external realisation. Hence fellowship in our view is the syntesis of the life of this community of salvation" Panikulam, o. c., p. 124.

Y si no es también ajeno y contrario al mensaje del Nuevo Testamento. Precisamente la insistencia neotestamentaria recae en mostrar que se ha abolido la distancia y la separación entre Dios y los hombres, particularmente los creyentes. Y es a partir de la abolición de esa distancia y del establecimiento de vínculos de cercanía entre Dios y los creyentes, que el Nuevo Testamento postula abolir las separaciones entre los hombres y "derribar los muros del odio" (Ef 2,14).

2.3.3.1. *Koinonía con el Padre*

"Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros tengáis *koinonía* con nosotros, pues nuestra *koinonía* es con el Padre y con su hijo Jesucristo" (1 Jn 1,3). Unico texto del Nuevo Testamento que aplica explícitamente el término *koinonía* a la vinculación con el Padre. Es aceptando el testimonio apostólico como los hombres pueden entrar en comunión con Aquellos a los cuales conoce el Apóstol. En la 2 Jn 11, se disuadirá a los cristianos de acoger a quienes sean portadores de otra doctrina para que no se hagan sus *participes*: "el que habla con ellos participa (*koinonei*) de sus obras malas". El *agape* es el amor que une a los que están en relación de *koinonía*, por eso se prohíbe tener *koinonía* con el mundo cuando se dice "no améis al mundo" (me agapate ton kosmon) "si alguien ama (*agapá*) al mundo, no está el amor del Padre en él (*agapé tou patrós*)" 1 Jn 2,15. Se trata aquí de dos pertenencias (*koinonía*) y dos amores incompatibles. O el uno o el otro. Como los dos Señores a los que es imposible servir (Mt 6,24).

2.3.3.2. *Koinonía con el Hijo*

"Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la *koinonía* con su Hijo, Señor nuestro" (1 Cor 1,9). Esta pertenencia a Jesucristo excluye la pertenencia que implica el culto de los ídolos: "huid de la idolatría . . . el cáliz que bendecimos ¿no es *koinonía* con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es *koinonía* con el cuerpo de Cristo?" (1 Cor 10,15-17). Por otro lado la pertenencia a Jesucristo se expresa y se ahonda en la Eucaristía, la cual debe expresar la verdad existencial que excluye, como incompatible, otra pertenencia.

Pablo quiere "conocerle a él, el poder de su resurrección y la *koinonía* en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en la muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos" (Flp 3,10-11).

Pablo ha acuñado para esta pertenencia la fórmula *en Cristo*. La adhesión al Hijo por la fe y la caridad, hace a sus fieles Hijos en el Hijo.

2.3.3.3. *Koinonía del Hijo con nosotros*

Así como los hombres son partícipes de Dios y le pertenecen, también hay una relación de pertenencia y participación recíproca. Por ejemplo: “Tanto el santificador como los santificados tienen el mismo origen todos ellos. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, cuando dice: “Anunciaré tu Nombre a mis hermanos; en medio de la Asamblea cantaré himnos”. Y también, “pondré en él mi confianza”. Y nuevamente: “Henos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio”. Por tanto así como los hijos participan (*kekoinoneken*) de la carne y de la sangre, así también participó (*metesjen*) él de las mismas. para aniquilar mediante la muerte al Señor de la muerte” (Hb 2,11-14). él “tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos para ser misericordioso” (Hb 2,17).

Jesús se ha hecho participante de la naturaleza humana para poder llevar a los hombres a Dios, para unirlos a Dios, santificarlos. Esa es la acción que lo hace Sumo Sacerdote, que *acerca* a los hombres a Dios (Cfr. Hb 12,22-24).

2.3.3.4. *Koinonía con el Espíritu Santo*

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor (agapé) de Dios y la *koinonía* del Espíritu Santo con todos vosotros” (2 Cor 13,13). “Por lo tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si hay algún consuelo de la caridad, si hay alguna *koinonía* del Espíritu” (Flp 2,1).

El don del Espíritu Santo, en Jn 20,22; la promesa del mismo en Hch 1,5,8 y la efusión de Pentecostés (Hch 2,4) muestran que los apóstoles participan del Espíritu. Pero no sólo ellos, sino todos los bautizados y los que creen (Cfr. Hch 2,38; 10,47; 11, 15-17).

2.3.3.5. *Koinonía con Dios: Participantes de la naturaleza divina*

“Nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por medio de ellas, os hicierais partícipes (*koinonoi*) de la naturaleza divina” (2 Pe 1,4).

2.3.3.6. *Koinonía con el Apóstol*

Los fieles que reciben el testimonio de la predicación apostólica con fe, tienen *koinonía* con el Apóstol (1 Jn 1,3; Flm 17).

Los que participan en el evangelio, en la fe, en los trabajos y padecimientos apostólicos, comparten la misión evangelizadora y apostólica son *koinonoi*, compañeros, socios, aparceros suyos y tienen *koinonía* con él.

“Sabemos que como sois solidarios (*koinonoi*) con nosotros en los padecimientos, así lo seréis también en la consolación” (2 Cor 1,7); “Tito es compañero (*koinonos*) y colaborador mío para vosotros” (2 Cor 8,23); “te recuerdo en mis oraciones, pues tengo noticia de tu caridad y de tu fe para con el Señor Jesús y para bien de todos los santos a fin de que tu *koinonía* en la fe se haga eficiente mediante el conocimiento de todo el bien que hay en nosotros en orden a Cristo” (Flm 6); “Por tanto, si me tienes a mí como *koinon*, recíbelo (a Filemón) como a mí mismo” (Flm 17); “Traed a la memoria los días pasados, en que después de ser iluminados, hubisteis de soportar un duro y doloroso combate, unas veces expuestos públicamente a ultrajes y tribulaciones, otras, haciéndoos solidarios (*koinonoi*) de los que así eran tratados” (Hb 10,33); “Doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros, a causa de la *koinonía* vuestra al evangelio” (Flp 1,5).

2.3.3.7. *Koinonía entre los creyentes (como actitud interior)*

“Si caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en *koinonía* unos con otros” (1 Jn 1,7); “Santiago, Cefas y Juan... nos tendieron la mano en señal de *koinonía* a mí y a Bernabé” (Gal 2,9). Cfr. Hb 10,33.

2.3.3.8. *Koinonía, como colecta en beneficio de los necesitados*

La manifestación exterior de la solidaridad y vinculación de los corazones, es la comunicación de los bienes materiales (Hch 4,34-35). La colecta que organiza Pablo en bien de los “santos” de Jerusalén, recibe el nombre de *koinonía* en Rm 15,26; 2 Cor 8,4; 9,13. En Rm 12,13 se exhorta a compartir (*koinonountes*) las necesidades de los santos.

2.3.3.9. *La posesión común de todas las cosas*

El Padre ha dado al Hijo todas las cosas y por lo tanto los fieles son coherederos y poseedores de todas las cosas. De allí brota también la voluntad de compartir incluso los bienes materiales.

“Todo es vuestro... Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la muer-

te, la vida, el presente, el futuro, todo es vuestro, y vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (1 Cor 3, 21-23).

Los discípulos son de Jesús, porque el Padre se los dio (Jn 17,6).

"Ora vivamos, ora muramos, somos del Señor" (Rm 14,8).

Jesús es de los discípulos: su Señor, su Maestro, su Hermano, su Salvador, su Paz, su Justicia, su Salvación...

Pero lo que Jesús ha dado a los discípulos como Máximo Don y Posesión es el Padre, al cual pueden invocar: Padre *Nuestro*. Y el don del Padre: El Espíritu Santo. La donación de las personas, donación libre y personal de sí mismas en el amor, eso es la *koinonía* y la santidad, en sus raíces.

El máximo de comunicación y coparticipación, lo expresa la comunión con el Padre; el poder tener, con Jesús, a *Su Padre*, como *Padre Nuestro*. En este pronombre posesivo confluyen y se unifican Jesucristo y los suyos, para constituir el *nosotros*, pertenencia del Padre y a quien el Padre pertenece por el amor. En el Padre *NUESTRO* se confunden y coinciden la conciencia de Cristo y la Eclesial. Ese *nuestro* pertenece tanto a la cristología como a la eclesiología. Y tanto a la eclesiología del misterio como a la eclesiología de Comunión.

2.3.3.10. *La Koinonía en sentido complejo: Hechos 2,42*

Todos los sentidos antedichos están presentes en el sumario de los Hechos 2,41-47, donde la *koinonía* equivale a la pertenencia cristiana en su generalidad: "perseveraban en la *koinonía*" (Hch 2,42). Pero a raíz de este pasaje, hemos de pasar de la consideración dinámica: cómo surge y se suscita la *koinonía*: el sentido interior de pertenencia y la perseverancia exterior en la pertenencia eclesial. *Koinonía* define en efecto la existencia cristiana en su *comienzo* y en su *duración*.

2.3.4. *Consideración dinámica de la Koinonía-pertenencia*

2.3.4.1 El Sumario de Hechos 2,42-47 (y también Hechos 4,32-35, 5,12-16) no han de ser interpretados como cuadros o descripciones puramente estáticas de la vida de los primeros cristianos. Ellos reproducen pasos, fases o momentos del "fieri" de la comunidad eclesial⁵³. Son una reflexión teológica que esque-

matiza una cierta ley de concomitancia en el proceso de *génesis* eclesial que pauta también su duración y conservación.

En los sumarios es posible señalar los distintos aspectos de la *koinonía* que hemos enumerado; desde las distintas vinculaciones entre personas hasta la comunión de bienes. Desde las formas interiores y más espirituales de vinculación, hasta las más exteriores y materiales. En los sumarios se refleja la vida eclesial cristiana como *koinonía* en acción y queda insinuada también algo de la lógica interior de sus concatenaciones.

Todo tiene su origen en la predicación de los apóstoles en Pentecostés. El proceso *existencial* por el cual el hombre llega a la *koinonía* con Dios empieza allí: por escuchar la predicación apostólica y recibirla con fe (Hch 2,37). El mismo Espíritu Santo mueve a predicar al apóstol y a creer al auditorio. "Los que acogieron su Palabra fueron bautizados, fueron agregadas aquél día unas tres mil almas". Dios agrega⁵⁴ a la Iglesia naciente a

primitive" el que conduce al P. Pierre Benoit a proponer la necesidad de retocar el texto: "pourvu qu'on en retire une notation disparate qui vient bouleverser la suite normale (!?) du texte. Il faudrait bien considérer comme interpolations: 2, 43-45; 4,33; 5,12b-14" Pierre Benoit, *Remarques sur les "sommaires" des Actes 2,42-47 à 5*, en: *Aux Sources de la Tradition Chrétienne. Mélanges M. Maurice Goguel*, Neuchâtel-Paris 1940. Sobre sus huellas Jacques Dupont en *Études sur les Actes des Apôtres*, Paris 1967, p. 40. 503-519. La idea del *cuadro* la comparten otros comentaristas: Rinaldo Fabris: "tratti caratteristici e ideali della comunità cristiana... i tre piccoli quadri panoramici..." (Roma 1977), p. 113; Jürgen Roloff: "algunos rasgos concretos que van configurando una imagen coherente de lo que era la Iglesia de Jerusalén" (Madrid 1984), p. 98; Josef Kurzinger: "Un sintético informe... descripción de la Iglesia primitiva" (Barcelona 1974), p. 78.

Hay en los sumarios de los hechos la estilización de ciertos pasos históricos de la eclesiogénesis y de la consolidación de la Iglesia. Los fieles permanecen constantes (proskarterountes) en lo que fue desde el principio el proceso de su incorporación a la comunión con los apóstoles, entre sí, con Cristo y con el Padre. Son los pasos y aspectos de la vida en comunión o *koinonía*. La vida de la Iglesia es la permanencia en lo que fue su origen: prosetethesan-proskarterountes, fueron agregados y ellos perseveraban. La vida cristiana alcanza su télos siendo fiel a su arjé. Abogamos por una interpretación dinámica-histórica y no pictórico-estática de los sumarios. En ese sentido, la relectura de J. Jeremías en clave litúrgica, aunque deseable, se aproxima en algo a la verdad, pues la liturgia recoge también en su estructura, ritualizados, los pasos ejemplares de la comunión. J. Jeremías, *The Eucharistic Words of Jesus*, London 1966, p. 120.

⁵⁴ "Aquél día fueron agregadas unas tres mil almas" (Hch 2,41). El pasivo divino *prosetethesan* = fueron agregadas, como es sabido tiene por sujeto de la acción a Dios: Fueron agregadas por Dios, agregó. Se dice aquí de los que fueron bautizados. De modo que: "fueron bautizados = fueron agregados". El bautismo es la ceremonia de iniciación y agregación. Dios agrega o adhiere nuevos creyentes —se dice— bien sea a la Iglesia, bien

⁵³ Es precisamente el discutible *presupuesto* hermenéutico de que los sumarios nos ofrecen "un excellent tableau d'ensemble sur la communauté

los que se han de salvar. La Iglesia nace de esta admirable sinergia de predicación apostólica y de la adhesión que Dios obra en los corazones de los oyentes (Hch 2,41). Sinergia que se sanciona mediante el bautismo. El bautismo marca por lo tanto, sacramentalmente, la entrada en *koinonía*, que Dios ha obrado conmoviendo el corazón para adherir a la enseñanza apostólica. Se ha iniciado así el camino por el cual, los hombres, entrando en la *koinonía* eclesial, se encaminan por la fracción del pan eucarístico a la comunión con Cristo y, por la oración, a la comunión con Dios. He aquí a grandes rasgos el itinerario existencial progresivo del fiel en su camino eclesial hacia Dios:

1) “Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: ¿qué hemos de hacer hermanos?” (Hch 2,37).

2) “Pedro les contestó: convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo” (2,38).

3) “Los que acogieron su palabra fueron bautizados y fueron agregadas aquel día unas tres mil almas” (2,41).

Hasta aquí se describe el pasaje de una pertenencia a otra por la conversión. Es lo que podría llamarse el *arjé* de la vida cristiana. Una vez agregados a la *koinonía*-pertenencia, comenzará la existencia *fiel*: perseverante.

Los dos primeros puntos del Sumario retomarán los pasos de ese *arjé* en términos de *perseverancia*: a) en escuchar la enseñanza de los apóstoles y b) en permanecer en la *koinonía* bautismal. La vida cristiana consiste en gran medida en *permanecer* fieles a ese *arjé*, que introduce a la pertenencia eclesial apostólica e introduce a la participación del Don del Espíritu. Al entrar en la *koinonía* con los apóstoles aceptando su testimonio, se ha iniciado el camino existencial de la *koinonía*, ese camino ha de continuar con perseverancia, en la vida de comunión eclesial.

Los dos puntos restantes del Sumario (v. 42b) marcan el progreso en la *koinonía* con el Hijo, en la fracción del pan y con el Padre en las oraciones. La oración, el trato con Dios, marca la cumbre de la *koinonía* cultural. La comunión con Dios, nos mues-

sea al Señor: “El Señor agregaba cada día a la comunidad” (Hch 2,47); “los creyentes eran agregados al Señor” (Hch 5,14); “una considerable multitud fue agregada al Señor” (Hch 11,24).

tran los Sumarios, es inseparable de la comunión eclesial. Esta es doctrina común en el Nuevo Testamento.

La intención de Lucas al transmitir los Sumarios no es puramente pictórica sino, como en el resto de su narración, teológica. Los Sumarios recapitulan las etapas del *proceso* histórico de la *koinonía* que consolida y constituye al nuevo pueblo de la Nueva Alianza, el Pueblo de Pentecostés que es el Pueblo del Cenáculo, lugar de comunión con el Hijo y de participación en el don del Espíritu Santo, lugar de oración perseverante en común, que se abre, por la predicación de Pedro, hacia todos los pueblos, lenguas y naciones, con una llamada universal a la comunión.

Por sinergia divina, la Iglesia nace de la predicación. No hay *eclesiogénesis* sin predicación del evangelio, sin evangelización. El anuncio del kerygma que nace de la oración y del Espíritu es la ocasión en que el Padre engendra nuevos hijos a la fe.

En esta visión no hay lugar para que se gloríe el ministro, quien no puede recomendarse a sí mismo, sino ser recomendado por Dios, único que da el crecimiento.

Por otro lado, en esta visión teológica, tampoco queda lugar para paternalismo posesivo de los ministros sobre los fieles.

2.3.4.2. *La expansión del nosotros*

La consideración histórica y dinámica de la *koinonía* como un proceso, nos permite presentar la *eclesiogénesis* como la *expansión de un nosotros*⁵⁵.

El *nosotros* inicial, divino, se revela en aquellos textos del Nuevo Testamento que contienen comunicaciones entre el Padre y el Hijo como Yo-Tú o Este-y-Yo. El Primer Nosotros (Protounosotros) es el trinitario: Padre e Hijo que dan el Espíritu.

Por la incorporación de discípulos que el Padre da al Hijo, el primer nosotros se amplía a las dimensiones de nosotros eclesial, el *nosotros* divino-apostólico (Deuteronosotros).

Por la incorporación de nuevas almas se acrecienta después de Pentecostés hasta nuestros días, el nosotros eclesial divino-humano (Tritonosotros), postpascual.

⁵⁵ Nos hemos aproximado al tema de la *koinonía*, en términos de conciencia del *nosotros* y de su expansión, en: *Koinonía-Comunicación en el Nuevo Testamento*, en: *La Iglesia Chica* (Cuadernos del ITU 2) Montevideo 1975, pp. 7-23. Lo sustancial de estas tesis relacionadas con el tema del liderazgo eclesial en: *Koinonía-Comunicación en el Nuevo Testamento como contexto de la Comunidad y el Liderazgo*, en *Revista Bíblica* 37 (1975) 33-47.

Siempre es Dios el que *agrega* nuevos hombres al Nosotros. Los introduce a la *koinonía* con El. Pero es entrando en comunión con el Nosotros total —y solamente así— como es históricamente posible entrar en comunión con el Dios real, no imaginado. Nadie puede entrar en comunión con el Protonosotros salteándose alguna instancia del *nosotros* o menospreciando a alguno de sus integrantes, pues quien agravia al miembro o a la parte del nosotros solidario, agravia al nosotros en su conjunto; quien no ama a un miembro no ama al todo. Esta es la lógica inscrita —por ejemplo— en el pensamiento de la Primera Carta de Juan.

Es sobre el trasfondo de la *koinonía* como *nosotros* donde cobran pleno relieve las enseñanzas sobre la incompatibilidad con otras pertenencias y sobre la apostasía como abandono del nosotros pertenencial.

2.3.5. Pertenencia incompatible y excluyente

Aquí radica la esencia del punto cuarto: “en el mundo pero no del mundo”.

Pablo dirá: “No os ayuntéis bajo el mismo yugo con los infieles”⁵⁶ ¿qué tienen de común (metojé) la justicia y la iniquidad? ¿o qué *koinonía* la luz con las tinieblas? ¿qué armonía (sumfonesis) entre Cristo y Belial? ¿qué participación (merís) el creyente en el incrédulo? ¿qué conformidad (sunkatáthesis) entre el santuario de Dios y el de los ídolos?” (2 Cor 6,14-16). “Si lo que inmolan los gentiles lo inmolan a los demonios y no a Dios; yo no quiero que entréis en comunión (ou thelo umas *koinonous*) con los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor y beber el cáliz de los demonios, no podéis participar (metejein) en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios” (1 Cor 10,20-21).

Pretender participar de dos pertenencias incompatibles equivale a “provocar los celos del Señor” (1 Cor 10,22).

La Primera de Juan, ofrece otro ejemplo de esta incompatibilidad: “No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn 2,15). También de los falsos hermanos hay que guardarse (2 Jn 10-11 Cfr. Gal 2,4; 2 Cor 11,26). No tener comunión con pecadores, no significa no tratarlos, pues de ser así “tendriais que salir del

⁵⁶ *Heterozugéo*: En Lv 19,19 se prohíbe ayuntar bajo el mismo yugo animales de distinta especie (Cfr. Dt 22,10), de ahí la metáfora que sugiere aquí Pablo, para advertir contra un retorno a las costumbres paganas.

mundo” (ek tou kosmou exelthein) (1 Cor 5,10). Sin embargo el cristiano que debe vivir relacionándose (sunanamígnusthai) con los impuros (pornois) no debe relacionarse con quien llamándose hermano (adelfós onomazómenos), es decir pretendiendo pertenencia a la *koinonía* eclesial, se comporta como si no lo fuera y, de hecho, su conducta lo hace perteneciente al *kosmos*.

La conducta exterior, la forma de vida, pertenece pues a la integridad de la pertenencia en *koinonía*. El pertenecer al nosotros divino-eclesial implica un modo de *estar en el mundo* sin pertenecerle. Y la ambigüedad pertenencial, infidelidad, es peor que la incredulidad; es una mentira ante Dios y la Iglesia, como la de Ananías y Safira (Hch 5,4.9.).

2.3.6. Apartarse de la *koinonía*: apostasía

Los *anticristos* a los que alude la 1 Juan 2,18, son miembros de la Iglesia que se han apartado de ella, pretendiendo sin embargo que están en comunión con Dios (1,6), que no tienen pecado (1,8.10), que conocen a Jesucristo (2,4) y permanecen en El (2,6), a pesar de haberse apartado de los hermanos (2,11): “Salieron de entre nosotros pero *no eran* de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que *no todos son* de los nuestros” (1 Jn 2,19). Se trata posiblemente de sectarios que se han apartado de la iglesia apostólica pretendiendo ser los auténticos cristianos⁵⁷.

Desde temprano se plantea el peligro del enfriamiento de la fe y de la pertenencia, en cristianos que habían sido fervorosos y habían sufrido mucho por el evangelio y por solidaridad con los perseguidos. La carta a los Hebreos trata precisamente de sanar una apostasía incoada, larvada en la creciente indiferencia que aparta de las asambleas (Cfr. Hb 10,23-24,26.29.32-36; 5,11-12; 6,4.12)⁵⁸.

⁵⁷ Véanse los fundamentos de esta interpretación en John Painter, *The “Opponents” in 1 John, New Test. Stud.* 32 (1986) 48-71.

⁵⁸ “Quizás lo que más nos acerca a Hb. es la situación religioso-moral de sus destinatarios. Aún hoy pueden aplicarse a muchas comunidades cristianas las expresiones de Hb. respecto de los peligros de la segunda generación; para muchos el paso de los días en lugar de llevarles a una intensificación en su vida cristiana ha sido ocasión de una creciente y peligrosa indiferencia ante la fe. Los pocos datos que Hb. ofrece se repiten hoy con asombrosa exactitud; la ausencia de las reuniones, las desviaciones morales, la minoría de fe en cuestiones de fe, la falta de todo interés por la explicación del misterio de la salvación, la incapacidad de decisión personal y responsable en el ámbito de lo religioso moral; sigue siendo adecuada

Los que se apartan se ven reducidos a una condición peor que la primera y además difícilmente reversible: "Porque si después de haberse alejado de la impureza del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, se enredan nuevamente en ella y son vencidos, su postrera situación resulta peor que la primera. Pues más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia, que, una vez conocido, volverse atrás del santo precepto que les fue transmitido" (2 Pe 2,20-21).

El estar en la Iglesia sin pertenecer a ella, parece una situación con la que hay que contar como inherente a su misterio, a

la expresión con que Hb. califica este espíritu: *la negligencia* (...). La negligencia ante la salvación y la fe, por ingenua e intrascendente que parezca, es signo de una real incredulidad. Ante la fe cualquier actitud que no sea positiva y viva es destructora; partiendo de la indiferencia se inclinará progresivamente por valores no cristianos y terminará por "caer" y perderse. La diagnosis amable y comprensiva está equivocada; el problema radical es siempre un problema de fe y sólo cuando se plantea en estos términos puede dar pie a una acción pastoral adecuada y eficaz" Gaspar Mora, *La Carta a los Hebreos como Escrito Pastoral*, Barcelona 1974, p. 243. "No puede darse una correspondencia total entre la comunidad de Hb. y las nuestras, pero la clarividencia del pastor en la diagnosis del mal sigue hoy válida; quizás nuestra negligencia tiene otro sentido y otras manifestaciones, pero tiene la misma raíz. Hb. buscó en la falta de fe la última razón de sus problemas y esto le hace un maestro para su tiempo y para el nuestro" G. Mora, O. c., p. 245.

Sobre el diagnóstico evangélico y espiritual acerca del estado de indiferencia hemos tratado en "*El Indiferente ¿Es indiferente? La indiferencia como estado espiritual a la luz de Marcos 1,21-28*", Montevideo-Tacuarembó 1984. El espíritu de indiferencia se expresa mediante la negación de comunión y vinculación. "La indiferencia es una forma de incredulidad, y si es la indiferencia a partir de la fe, es una nueva forma de apostasia (Hb. 6,4-6; 10,26). Esta es la raíz ya insinuada en muchas actitudes pecaminosas que podrían parecer simples infidelidades morales (12, 15-16) o aun simples abstencionismos ante la Palabra (2,1-4; 5,11-14) o ante las reuniones de la comunidad (10,25). A partir de aquí Hb. desvela ante sus fieles el *mysterium iniquitatis* de quien apostata del único Salvador (6,4-8; 10,26; 12,17). Sus palabras, que se encuentran entre las más claras y duras del Nuevo Testamento respecto a la desesperada situación del incrédulo y su terrible perspectiva de castigo (2,1-4; 10,26-31; 12,25) están elaboradas a partir de la apostasia escondida de la segunda generación" G. Mora, O. c. p. 235-236. "Por otra parte es conveniente notar que en nuestras comunidades se da de hecho, la apostasia formal, no sólo la "salida silenciosa de la Iglesia". Muchos cristianos, y aun podría decirse estamentos sociales enteros, han abandonado positivamente la Iglesia y la fe, han renegado de los valores cristianos, no sólo en la práctica sino en sus categorías reflejas. No es éste el momento de buscar el sentido de este "ateísmo a partir de la Iglesia" y sus razones, tanto ambientales como personales, pero sin duda este hecho nos aleja de Hb. y crea en nuestras comunidades situaciones más tensas de problemas, dudas y objeciones que la que él encontró" (G. Mora, O. c. p. 244).

juzar por las enseñanzas de Jesús acerca del trigo y la cizaña, la red que arrastra peces buenos y malos, los árboles que se conocerán al tiempo de dar fruto; y de las consiguientes cautelas para juzgar o separar antes de tiempo.

La no-pertenencia, disimulada bajo formas de pertenencia, es una de las formas de la mentira de Satanás. Así lo discierne Juan en su Primera Carta, al establecer el criterio de la *permanencia*, en el amor a Dios y a los hermanos, como signo de que se está unido a Dios, se tiene la unción del Espíritu y se está en la verdad. La mentira no puede permanecer y tarde o temprano Dios hace que se manifieste.

La verdad del amor se manifiesta en la permanencia. La permanencia del amor exige la pertenencia a la integridad del nosotros. Apartar o apartarse de un miembro es apartarse de todos: apartarse del nosotros eclesial es apartarse del nosotros divino.

Por otra parte, *no puede haber fe sin pertenencia*⁵⁹. Debe existir armonía entre la instrucción religiosa como información

⁵⁹ En el reciente debate parlamentario italiano acerca de la enseñanza religiosa, se ha agitado el argumento de la *instrucción sin pertenencia*, alegando que lo que se busca y lo que se ha de procurar a los italianos es *sentido y no pertenencia*. Véase la propuesta del senador G. Chiarante (PCI) que propende al conocimiento del *hecho religioso* como necesario para toda formación intelectual y propone, para los niveles superiores, la enseñanza, curricular y aconfesional, de historia de las religiones y poner la hora confesional fuera del horario o en las puntas del mismo. *Il Regno-Attualità* 33 (1988) N. 587, pp. 53-54. Pero sobre todo es explícita la intervención del representante Baget Bozzo (ex sacerdote y ex director de *Renovatio*): "El hombre de los años '80 vive fuera de las adhesiones globales e identificantes con una tradición y una institución: es un hombre que experimenta como indisolubles su soledad y su libertad (!). El es libre de dar sentido a su vida, pero también está solo en su búsqueda de sentido. Vuelve así la pregunta religiosa, no como exigencia global, no como búsqueda de una iglesia, sino como búsqueda de Dios. El hombre de los años '80 experimenta la Nada en sí y en torno a sí: es un místico que se ignora y que busca un lenguaje y una experiencia" (...) "es importante para este tipo de exigencia, que ella se manifieste en una sede neutra como es la escuela. De hecho muchos de los que piden enseñanza religiosa en la escuela no irían jamás a buscarla en la iglesia". Baget Bozzo, texto de la intervención parlamentaria en *Il Regno-Attualità* 33 (1988) N° 591, p. 168.

Tanto en la intervención de Bozzo como en la propuesta de Chiarante, se insiste en la enseñanza religiosa como en la trasmisión de una gnosis: contenidos, lenguaje religioso, las religiones como un hecho. La especificidad de la perspectiva eclesial se les escapa: la entrada en relación, la incorporación *al nosotros*. La objetivación de la "instrucción religiosa" como un lenguaje *acerca de Dios*, que no introduce a la comunicación *con Dios*, es una visión no religiosa de la religión, para la cual es posible hablar de

y transmisión de contenidos, y la formación y el cultivo del sentido de pertenencia que brota del espíritu creyente. No siempre los pastores tienen un juicio ecuánime ante fieles ignorantes, pero que exhiben un firme sentido de pertenencia. En este asunto, no se ha de olvidar la prioridad del agapé como el mejor de los caminos (1 Cor 13). Y, claro está, el sentido de pertenencia conlleva el amor de instruirse en los misterios cristianos.

2.3.7. *El sentido de pertenencia y el espíritu misionero*

Agapé y Koinonía, Amor y sentido de pertenencia al Nosotros divino-eclesial, son el resorte interior que impulsa y hace dóciles al envío misionero. Si se desea fomentar la eficacia misionera hay que profundizar la *unión* y la *koinonía*.

El nosotros eclesial es una koinonía abierta y que llama a todos los hombres. A través de él, extiende su mano a todos los hombres el Dios que quiere que “todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4).

Yo-estaré-con-vosotros, Emmanuel, es el nombre del Resucitado actuante en su Iglesia y convocando a través de ella a la comunión y a la santidad (Mt 28,18-20).

El Resucitado envía a sus discípulos *acercándose* (proselthón) a ellos (Mt 28,18), y les asegura su cercanía y proximidad hasta el fin de los siglos. Los cristianos vivirán su vida en Iglesia, como los exhorta Pedro, introduciendo su enseñanza sobre la Iglesia como templo y pueblo de Dios, *acercándose* también (proserjóménoi) a él, piedra viva (1 Pe 2,4; Cfr. Hb 12,18.22).

Esta *cercanía* normará su conducta, su existencia cristiana en los distintos ámbitos y relaciones de su vida temporal, de modo que estarán plenamente en el mundo, como enviados a él y como quien sabe dar razón de su esperanza, pero sin *pertenecer* al mundo ni a este tiempo, llevando una conducta sobria y velando en espera del juicio.

Dios, pero no *con* El. Es una perspectiva que se plantea en términos de respeto con los creyentes y los derechos de todos, pero que, para gusto del creyente y para su sensibilidad, “deja a Dios afuera” e ignora sus derechos, pero también deja afuera al “Nosotros”.

La experiencia italiana es aleccionadora. Véase una reacción católica a la problemática, en el Simposio de la Conf. Episcopal Italiana sobre la enseñanza de la religión en las escuelas, en: *Il Regno-Attualità* 33 (1988) 589, pp. 69-71. El laicismo italiano trata de reelaborar el hecho de que la aplastante mayoría de los italianos ha pedido enseñanza católica en las escuelas.

A un mundo donde los griegos piden sabiduría (sofía) y los judíos piden eficacia (dúnamis), los cristianos son enviados a ofrecer pertenencia: Koinonía.

2.4. En el mundo pero no del mundo. Misión y situación del fiel-laico

2.4.1. *Introducción*

En esta introducción al cuarto punto de nuestra exposición conviene señalar a grandes rasgos la diversidad de solicitudes que reciben los creyentes, con el fin de entrar al tema conscientes de los tirones y retorsiones a que está sometido el discurso eclesial, el vulgar, el pastoral y el teológico, cuando piensa y habla de la existencia cristiana en el mundo.

2.4.1.1. *La Doctrina del magisterio*

El Concilio y el posterior magisterio Sinodal y Pontificio contienen directivas claras que expresan lo que debe ser y no debe ser el cristiano⁶⁰.

⁶⁰ Principalmente *Lumen Gentium* 31, *Gaudium et Spes* 43, *Apostolicam Actuositatem*. Esperamos el Documento que recoja los resultados del Sínodo de 1987.

El creyente está *en* el mundo como enviado al mundo. “Ejerce la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo”. Así lo ha expresado el Concilio en la *Lumen Gentium* (Nº 31). “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos (...) a ellos pertenecen por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad. A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera, que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor” (LG 31).

“El Concilio exhorta a los cristianos —en la *Gaudium et Spes* Nº 43— ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura (Hb 13,14), consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga a un más perfecto cumplimiento de todas ellas, según la vocación personal de cada uno (2 Tes 3,6; Ef 4,28). Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse total-

El perfil positivo presenta al fiel cristiano, ejerciendo la *misión* de todo el pueblo cristiano, en la Iglesia y en el mundo. Le asigna como propio y peculiar el carácter y el dinamismo seculares, aunque no en forma excluyente (LG 31; GS 43). El último Sínodo y Juan Pablo II vuelven a reproponer esta doctrina: “he aquí, entonces, al fiel laico lanzado hacia las fronteras de la historia...”⁶¹. A los fieles compete buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales (LG 31).

mente a los asuntos temporales, como si estos fuesen ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de determinadas obligaciones morales. El divorcio entre fe y vida diaria de muchos debe considerarse como uno de los más graves errores de nuestra época. (...) No se creen, por consiguiente, oposiciones artificiales entre las ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa, por otra. El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo, falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su salvación eterna. Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrese los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales, haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios.

Competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y el dinamismo seculares (...) a la conciencia bien formada del seglar toca lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena (...) los laicos, que desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no solamente están obligados a cristianizar el mundo, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana” (GS 43).

⁶¹ Recientísimamente el Papa Juan Pablo II, reitera el envío misionero de los fieles en los mismos términos: “En el contexto de la Iglesia-misión, el fiel laico no sólo comparte la responsabilidad del mandato misionero, sino que se distingue por una propia característica opción de compromiso para la difusión del Reino de Dios. La Iglesia, recordó el Papa Pablo VI, en la línea del Concilio “posee una auténtica dimensión secular, inherente a su naturaleza íntima y a su misión, cuya raíz se hincó en el misterio del Verbo encarnado, y que se ha realizado de modos distintos en sus miembros” (Enseñanzas de Pablo VI al Pueblo de Dios, 1972, p. 243; O.R. (español) 13-II-1972, p. 2). Ahora bien, la realización de esta dimensión secular, de por sí común a todos los bautizados, tiene una forma peculiar de actuación en el fiel laico. El Concilio la llamó “indole secular”; el fiel laico vive “en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia esté entretejida” (LG 31). De esta manera, él colabora en la realización de la misión integral de la Iglesia, que “no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico” (Apostolicam Actuositatem, 5).

He aquí entonces, al fiel laico lanzado hacia las fronteras de la historia: la familia, la cultura, el mundo del trabajo, los bienes económicos, la política, la ciencia, la técnica, la comunicación social; los grandes pro-

Dos formas principales asume la re-misión ante esta misión asignada por Dios. Contra esas dos actitudes equivocadas —no cristianas— de estar en el mundo, precavía el Concilio a los fieles:

Una es el *descuido* de las tareas temporales, entendiendo mal o pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente (Hb 13,14), es decir sacando una conclusión falsa de la condición de peregrinos y extranjeros en el mundo; otra es la *embriaguez* de quienes piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fuesen ajenos del todo a la vida religiosa.

El Concilio diagnostica que estas dos actitudes equivocadas tienen una raíz común a ambas: el *divorcio entre fe y vida diaria* de muchos, que debe considerarse como uno de los más graves errores de nuestra época (GS 43).

De esa misma raíz brotan tentaciones reduccionistas acerca de las cuales advierte el Papa en la conclusión de la encíclica *La Preocupación Social*: “Un desarrollo solamente económico no es capaz de liberar al hombre, al contrario, lo esclaviza todavía más (...) el principal obstáculo que la verdadera liberación debe vencer es el pecado y las estructuras que llevan al mismo, a medida que se multiplican y se extienden. La libertad con la cual Cristo nos ha liberado nos mueve a convertirnos en siervos de todos. De esta manera el proceso del *desarrollo* y de la *liberación* se concreta en el ejercicio de la *solidaridad*, es decir, del amor y servicio del prójimo, particularmente a los más pobres” (Nº 48).

blemas de la vida, de la solidaridad, de la paz, de la ética profesional, de los derechos de la persona humana, de la educación, de la libertad religiosa. El Sínodo no ha podido afrontar cada uno de estos complejos temas, pero ha descrito al fiel laico en este protagonismo cristiano en el mundo, asociado y animado por los fieles Pastores y por los fieles religiosos y religiosas con tareas diferentes en la misión común” Juan Pablo II, Homilía en la Misa de Clausura del Sínodo sobre los Laicos, el 30-X-1987; O.R. 8-XII-1987 p. 11.

Del último párrafo citado, se hizo eco el Sr. Presidente Raúl R. Alfonsín en el Discurso en ocasión de su visita oficial al Vaticano el 11-XII-1987: “Hemos seguido con particular interés el reciente Sínodo de los Obispos sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. A los que trabajamos directamente en la construcción de una sociedad más justa y solidaria, nos interesa particularmente el tema y las conclusiones. Acogemos con alegría y gratitud vuestras palabras en la Misa de clausura del Sínodo: ‘He aquí entonces, al fiel laico lanzado hacia las fronteras (sigue la cita de las palabras del Papa hasta:) de la libertad religiosa’. Sabemos que en esos campos se juega, en definitiva, la vida digna y el destino final de nuestros pueblos. Beatísimo Padre: la paz en la Argentina, tiene entre sus causas la mediación que esta Santa Sede asumió...” O.R. 20-XII-1987, p. 8.

En el lenguaje del actual magisterio, la misión del cristiano al mundo se expresa —pues— en términos de *solidaridad* y de instaurar la *civilización del amor*⁶². Esta palabra de misión es la expresión actualizada de los imperativos de *pertenencia* que hemos tratado de describir a grandes rasgos y señalar como inscritos en los hechos de la revelación del Antiguo y Nuevo Testamento. Volvemos a encontrar en este cuarto punto, en que se nos habla del ser cristiano en el mundo, la misma categoría fundante.

Por eso, no es de extrañar, que Juan Pablo II insista, en su encíclica sobre la Solicitud Social, en la *Eucaristía como fuente y culminación de la vida cristiana y de su acción temporal*:

“La Iglesia sabe bien que *ninguna realización temporal* se identifica con el Reino de Dios, pero que todas ellas no hacen más que *reflejar* y en cierto modo *anticipar* la gloria de ese Reino, que esperamos al final de la historia, cuando el Señor vuelva. Pero la espera no podrá ser nunca una excusa para desentenderse de los hombres en su situación personal concreta y en su vida social, nacional e internacional, en la medida en que ésta —sobre todo ahora— condiciona a aquélla (...) El Señor, mediante la Eucaristía, sacramento y sacrificio, *nos une consigo y nos une entre nosotros con un vínculo más perfecto que toda unión natural; y unidos nos envía al mundo entero* para dar testimonio con la fe y con las obras, del amor de Dios; preparando la venida de su Reino y anticipándolo en las sombras del tiempo presente. *Quienes participamos de la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este Sacramento, el sentido profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz; y a recibir de él las energías para empeñarnos en ello cada vez más generosamente, a ejemplo de Cristo que en este sacramento da la vida por sus amigos (Jn 15,13). Como la de Cristo y en cuanto unida a ella, nuestra entrega personal no será inútil sino ciertamente fecunda*” (Nº 48).

La afirmación del Papa espeja la misma relación entre Eucaristía y Misión al mundo que existe desde el principio: en la oración de Jesús en el Cenáculo; desde Pentecostés, que también tiene por escenario el Cenáculo; como también desde la misión del Resucitado, quien, también en el Cenáculo, sopla su Espíritu sobre los discípulos y los envía “Como el Padre me envió” (Jn 20,21 Cfr. 17,18) a perdonar los pecados, es decir a derribar los muros que separan de Dios; y a incorporar a todos al nosotros divino-eclesial (Hch 2,1).

⁶² Cristina Araujo, *Juan Pablo II y la Civilización del Amor* (Sentir en la Iglesia 7), Tacuarembó 1988.

Esta acción incorporante no se lleva a cabo solamente por la *predicación*, sino mediante toda la vida de la Iglesia, que es enviada corporativamente, como pueblo, a los pueblos. Por lo tanto, mediante la vida de los cristianos *en el mundo*.

La exigencia de estar en el mundo y ser plenamente humanos les viene a los creyentes de su participación en el misterio de Cristo. La *situación* del cristiano es la de su Señor: “El nombre que Cristo posee no es sólo el de Hijo de Dios, sino también —y sin separación posible—, el de *hombre perfecto* (Hb 2,10; 5,9; 7,28). La situación del Cristo glorificado revela a la vez el misterio de Dios y la vocación del hombre. Lejos de favorecer un misticismo irreal, la situación de Cristo refuerza y profundiza la solidaridad humana y confiere a la existencia todo su peso, todo su valor. La situación de Cristo pone fin a la alienación que resulta, para los hombres, del temor a la muerte y de la opresión del mal (Hb 2,14-15), y acceder a la libertad y a la plenitud interiores de quienes saben que están, gracias a Cristo, en comunión confiada con Dios (Hb 2,17; cf. 4,16; 10,19)”⁶³.

2.4.1.2. Otras solicitudes

Con creciente frecuencia hemos oído hablar al magisterio en los últimos tiempos precaviendo a los cristianos acerca de magisterios paralelos, clero paralelo e iglesia alternativa.

Las ideologías dominantes intentan manipular a la Iglesia y aprovechar para sus fines la fuerza que intuyen que hay en ella y que miden en términos de poder, medida opuesta a la del *servicio* cristiano.

Así sucede que le llegan al cristiano, desde el mundo en que vive, solicitudes y hasta directivas, de autoproclamados magisterios. Todo el mundo se cree autorizado a decirle al cristiano lo que debe hacer y cómo se debe comportar para serlo. Y todo el mundo se arroga el rol de juez para juzgarlo. El cristiano vive sometido a esas presiones, que se le aplican por vía moral pero también por otras vías de discriminación.

Se esperan o se reclaman del cristiano determinadas conductas sociales o políticas; eficacias temporales; el homenaje de sus fervores a opciones no absolutas, como si lo fueran. Se pretende venderle los mitos ideológicos más diversos, bautizados, para hacérselos aceptables, con nombres cristianos. Unos lo tiroanean hacia luchas mesiánicas y otros lo impelen a adormecerse

⁶³ Albert Vanhoye, *Situation du Christ. Épître aux Hébreux 1 et 2* (Lectio Divina 58, Paris 1969, p. 391-392).

en los desintereses que genera tanto el bienestar como la desesperanza completa.

Las cualidades humanas del cristiano lo hacen un socio apetecible para todas las utopías mesiánicas. Y su amor a la verdad una víctima a menudo fácil de amañadas manipulaciones.

Otras veces, por fin, cuando se encuentra una conciencia cristiana lúcida, se intenta —y a menudo se consigue— doblegar la voluntad de los creyentes mediante la fuerza. La violencia, que nuestros tiempos han erigido en ciencia, es polimorfa y se deja dosificar con precisión, ocultándose bajo las apariencias de mil disimulos y disfraces.

A todo esto se agregan las sectas, que ofrecen la ilusión de un acceso a Cristo y a Dios por un atajo sin Iglesia, en significativa coincidencia con las impugnaciones provenientes de las ideologías.

2.4.1.3. *Las indiscreciones propias*

De parte de los miembros de la Iglesia se puede incurrir en los mesianismos políticos o en las alienaciones pseudomísticas.

El buen deseo de salvar al mundo a toda costa, conduce a veces a intentar seriamente darle los signos mesiánicos que veladamente reclama como precio de su presunta conversión. El viejo esquema de la tentación: “si eres hijo de Dios, haz esto o lo otro” se repite, siempre el mismo y siempre bajo otra forma engañosa.

Es cierto que los cristianos han de ser “luz del mundo” y que su luz debe brillar “delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,14.16). Pero sería indiscreto pensar que el discípulo es mayor que su maestro. Siendo Jesucristo la luz que ilumina a todo hombre, no fue recibido por todos, aunque sus obras eran buenas. Y además, se negó rotundamente a hacer signos a pedido para suscitar la fe en los incrédulos. Las buenas obras de los cristianos, su conducta ejemplar es precisamente, para algunos, motivo de la malquerencia y de calumnia (1 Pedro 2,12), de parte de los que son ciegos para ver las buenas obras que Dios concede a su Iglesia. Hay quienes no están dispuestos a ir a Dios sino que exigen de Dios —y de los suyos— que se plieguen a su voluntad inflexible. Y es acorde a la bondad cristiana incurrir en el vicio de condescendencia indiscreta⁶⁴ y pensar que donde la vo-

⁶⁴ San Cipriano fustiga una equivocada indulgencia con abundancia de argumentos: “Estando escrito: los que os llaman dichosos os inducen a error y embarazan la senda por donde han de caminar vuestros pies (Es-

luntad de los hombres no quiere plegarse a la divina, pueda ser remedio tratar de traer la divina a la humana.

De parte de los clérigos, acecha a los fieles la tentación del indiscreto dirigismo clerical. Tanto más difícil de discernir cuanto que consiste en una desviación, en un abuso por lo general inconsciente y siempre bienintencionado, de una legítima autoridad.

El dirigismo clerical se extralimita fácilmente en fantasear tareas y misiones para los laicos. Invade con su fantasía y con el prestigio de su elocuencia y de su liderazgo, lo que el Concilio ha declarado terreno propio de los fieles: las tareas y misiones seculares. O lo que quizás es peor: crea una exagerada demanda de actividad intraeclesial, que absorbe la atención y las energías de los fieles con una injusta distorsión de las prioridades y la preterición de sus deberes de estado.

Cuando el clérigo y el religioso sucumben a la tentación del ejercicio de su ministerio como poder, en forma dirigista, lo más grave de esa bienintencionada pero indiscreta desviación, es que su celo por asignar misiones predomina sobre su servicio de discernir y respetar vocaciones.

2.4.1.4. *Entre el deslumbramiento y el miedo*

Ante la expansión tecnológica y el despliegue fascinante de los poderes humanos acechan al cristiano dos tentaciones: *el deslumbramiento* y la adhesión sin reservas; o *el repliegue* y el abandono del frente de lucha.

El economista uruguayo Rafael Menéndez ha dicho que “el gran dilema del creyente católico es convivir con la mentalidad tecnológica y permanecer fiel a Jesucristo. Y el riesgo es caer en la tentación de sustituir la economía de la gracia por la economía de la eficacia”.

Si al deslumbramiento se le opone la clarividencia, el creyente, en lugar de dejarse arrastrar por la correntada, verá su misión en la orientación de la tecnología para el servicio y el bien del hombre.

Pero la acción secular de los creyentes ha de desarrollarse

dras 3,12), el que aplica lisonjas y caricias al pecador lejos de frenar los pecados, los fomenta (...) como si la tormenta de la persecución hubiera dañado poco, se ha añadido para colmo un nuevo género de estrago, un nuevo mal que engaña y una blandura pernicioso bajo título de misericordia (...) una paz nula y falsa, tan peligrosa para los que la conceden como de ningún provecho para quienes la reciben” *De Lapsis* 14-15.

en un mundo cada vez más sometido a los campos magnéticos del poder, donde los puestos de decisión y las claves de información, de comunicación; las fuentes de recursos económicos... todo, es visto, apetejado y dominado desde la óptica de los poderes de este mundo. El creyente, si quiere actuar en cuanto tal, se encontrará con que las posiciones ya están tomadas y deberá chocar inevitablemente con las mentalidades tecnocráticas, dominadas por los criterios de eficiencia y lucro, que, por otra parte —liberadas del lastre de las consideraciones personales y de piedad— aventajan al creyente en su capacidad de escalar la pirámide sin miramientos. Quizás a esto se refiere la revelación evangélica, cuando parece manejar como una evidencia, que, todavía, este mundo es esfera de influencia del Maligno, cuyo señorío —aunque herido de muerte— vuelve a ofrecerse como tentación a los discípulos a cambio del tributo de adoración.

Ante el afán desenfrenado de lucro, de gloria terrena y de poder desorbitado, el cristiano elige otro camino. El de la eficacia cristiana, que se transita según otra sabiduría y con otras fuerzas, adheridos a Cristo y no al mundo. No siempre comprensible, este camino puede parecer a algunos el de la deserción.

Por sí mismos los cristianos difícilmente pueden conquistar el poder, pues están necesariamente en inferioridad de condiciones ante rivales que no corren con el handicap de la solidaridad. Pero creen que Dios guía la historia. Como recuerda el Papa Juan Pablo II: “la Iglesia sabe que el encuentro-choque entre las “apetencias contrarias al Espíritu” (Gal 5,16-17) —que caracterizan tantos aspectos de la civilización contemporánea, especialmente en algunos de sus ámbitos— y las “apetencias contrarias a la carne”, con el acercamiento de Dios, con su encarnación, con su comunicación siempre nueva del Espíritu Santo, puede representar en muchos casos un carácter dramático y terminar en nuevas derrotas humanas. Pero ella cree firmemente que, por parte de Dios, existe siempre una comunicación salvífica, una venida salvífica y, si acaso, un salvífico “convencer en lo referente al pecado” por obra del Espíritu” (Dominum et Vivificantem N° 56).

2.4.1.5. *La Sabiduría cristiana y la oración*

Decía Peter Wust: “las grandes cosas de la existencia sólo son otorgadas a los espíritus en oración”⁶⁵.

⁶⁵ Peter Wust, laico, profesor de filosofía en Münster, escribía a sus alumnos el 18-XII-1939 una carta que es su testamento espiritual: “Si ahora hay alguno de ustedes que me pregunte, antes de que yo me vaya y parta para siempre de este mundo, si sé de alguna varita mágica que nos franquee

Las directivas del magisterio permanecen generales. Y las reflexiones teológicas lo son más aún. La disposición sabia y concreta del destino propio, la hace el creyente según la voluntad del Padre que se le manifiesta interiormente (theodidaktos) por la oración. Por eso, San Pablo —haciéndose modelo del ministro— “no cesa de orar y pedir por ellos, para que sean llenos del conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, y para que anden de una manera digna del Señor, procurando serle gratos en todo” (Col 9,1-10). Ya que la voluntad de Dios, en hacer la cual consiste la perfección del cristiano, no equivale a un código de leyes dado de una vez para siempre y que, por lo tanto, “la sumisión y la obediencia al querer divino implica su búsqueda afanosa y discernirla, sin saber de antemano qué exigencias importará esa obediencia”⁶⁶.

La oración es el ejercicio de la comunicación dentro del Nosotros y un ejercicio de la caridad: “En cuanto a la oración, Pablo la concibe de buena gana, siguiendo una doctrina auténticamente bíblica, como una lucha que el cristiano entabla con Dios, en favor de las almas confiadas a su cuidado (Col 4,12; Rm 15,30), y nadie ignora el lugar que tal oración “apostólica” ocupa en las Cartas de Pablo. Tal lucha no tiene evidentemente por finalidad ejercer una “presión” sobre Dios para “hacerle querer lo que antes no quería”... pretende “volver al hombre apto para recibir lo que Dios quiere darle” (Así Sto. Tomás siguiendo a S. Agustín). “Pretende cambiar al hombre y no a Dios”⁶⁷.

2.4.1.6. Hemos bosquejado algunas certezas y perplejidades que enfrentan los creyentes —y sus pastores— ante el tema de la misión de los fieles.

Hay en la Escritura algunos bloques especialmente ricos y prometedores de orientación para la existencia cristiana en el mundo. Enumeramos someramente: la Oración Sacerdotal de Jesús y el Padre Nuestro; diversas instrucciones de Jesús mismo, como el Sermón de la Montaña o el Sermón que pronuncia a su salida del Templo (Mc 13) y que algunos llaman apocalíptico, pero el

la entrada a la sabiduría de la vida, le contestaré: “Sí, la conozco”. Y esta varita mágica no es la reflexión —esta respuesta es la que ustedes podrían esperar de mí como filósofo— no, esta varita mágica está en la oración. La oración, concebida como última consagración (letzte Hingabe), nos sosiega, nos hace niños, nos hace objetivos” Peter Wust, *Gestalten und Gedanken*, München 1950, p. 266.

⁶⁶ S. Lyonnet, *La Vocación Cristiana a la Perfección*, en: *La Vida Según el Espíritu*, Salamanca 1967, p. 229.

⁶⁷ S. Lyonnet, Art. cit., p. 232.

cual puede ser leído como conteniendo las instrucciones para comportarse en la historia; el abundante material doctrinal y parenetico de las Cartas y demás escritos apostólicos.

El problema más interesante a mi parecer, con ese milagro de Dios que se llama el fiel, no está tanto —si se me permite la comparación ilustrativa— en lo que el conejo ha de hacer o no hacer. El mismo conejo ya se encarga de decidirlo. El problema que a mí me interesa es el de cómo sacarlo de la galera.

Es decir, en cómo se suscita el creyente verdaderamente *fiel*; firme, total y entrañablemente adherido por la caridad al nosotros divino-eclesial; y abierto, como ese nosotros, a la solicitud por todas las creaturas. Esta es la misión de la Iglesia y para esto fue enviada y fue enviada con ella y en ella cada uno de nosotros: a convocar desde nuestra koinonía, desde nuestro amor de Hijos hacia el Padre, a convocar a esta pertenencia. No hay poder de enviar sin capacidad de convocar.

2.4.2. Misión al mundo y expansión del nosotros a la luz de Juan 17

En la oración sacerdotal de Jesús hay una serie de afirmaciones acerca de los cristianos: sus discípulos y los que creerán por medio de su palabra. Dice Jesús que *están en el mundo*, pero que *no son del mundo* (v. 11. 14. 16). Pide al Padre que *no los saque del mundo* pero que los guarde del Maligno (v. 15). *Eran hombres del mundo* hasta que el Padre se los dio (v. 6). Dice que *él los envía al mundo* como el Padre lo ha enviado a él (v. 18).

A la luz de este texto, es posible asomarse a la visión que tiene Jesús de la situación de sus discípulos. Los creyentes *no son del mundo porque* el Padre se los ha dado a Jesús (v. 6). Pero los creyentes *están en el mundo porque* Jesús los envía al mundo (v. 18). En ese distingo entre el *estar en, sin pertenecer a*, se expresa lo peculiar de la conciencia cristiana y se fundamentan —a la vez que se disciernen— las actitudes cristianas en relación con el mundo creado, con los hombres no creyentes, con los creyentes y con Dios⁶⁸.

⁶⁸ La teología hispanopensante no ha sacado —que sepamos— suficiente partido del binomio verbal *ser-estar*, instrumento lingüístico del que carece la mayoría de las demás lenguas vecinas. Podría examinarse si no permitiría captar y explicar mejor la naturaleza del “estar en el mundo sin ser del mundo”. Desde la perspectiva filosófica ha ingresado en el tema Juan C. Scannone, *Sabiduría popular y pensamiento especulativo*, en: *Sabiduría Popular, Símbolo y Filosofía. Diálogo Internacional en torno a una interpretación latinoamericana* (Ed. Guadalupe, Bs. As. 1984), pp. 51-90.

2.4.2.1. *Pertenencia y Misión se necesitan una a otra para explicarse y entenderse* recíprocamente. El cristiano está en el mundo como miembro de un nosotros; enviado, en nombre del nosotros al que pertenece, a ofrecer pertenencia, con su palabra y con su vida. Enviado a dar a conocer al Padre y al Hijo y a la Iglesia para incorporar al nosotros divino-eclesial a todos los hombres. Si la vida del creyente no es incorporante no cumple con su misión. Es decir, no está en el mundo como corresponde: como enviado para atraer. La expansión del nosotros que haya resultado de su estar en el mundo, será a la vez su gloria y su justicia. Mostrar la unión de agape que conglomerera al nosotros en unidad de pertenencia recíproca y solidaria, es la meta de la misión al mundo y se llama *santidad*. El Hijo *se santifica a sí mismo* (ego hagiatio emautón v. 19) es decir, obra en este mundo —con su palabra y con su vida, pero de manera especial con su muerte inminente— el gesto inicial y decisivo para la expansión del nosotros, mediante la incorporación definitiva de sus discípulos al nosotros divino. Y ésta es la santificación que Jesús pide al Padre para sus discípulos (v. 17) y que les obtiene con su santificación (v. 19): “Santifícalos en la verdad... por ellos me santifico... para que ellos también sean santificados”.

La Pertenencia es el punto de partida y el punto de retorno para la Misión. La Misión se deja definir como un *salir de para traer a*.

2.4.2.2. Expansión del Nosotros y Misión al mundo en la estructura de Jn 17

Veamos cómo se refleja lo que venimos diciendo en la misma estructura del pasaje Juan 17,1-26⁶⁹. Lo dividimos atendiendo a

Según alcanzo a entender, en el estudio de Scannone queda por explicitar el pasaje de un nosotros a otro nosotros, es decir *el cambio* de pertenencia. El pasaje del nosotros ctónico y mundano, al nosotros divino. Y quizás eso esté a la base de la dificultad que le opone Levinas: “Por supuesto que se debe pertenecer a alguna parte para pensar y ser hombre” (O. c. p. 81). La pertenencia en efecto se puede expresar como un “estar” pero también como un “ser de”. Pero el cambio de pertenencia en el que consiste la conversión cristiana es la salida de un nosotros cerrado y la incorporación al nosotros abierto y convocante. El hombre se encuentra *estando* en un nosotros, siguiendo: “la conducta necia heredada de vuestros padres” (1 Pe 1,18); pero por libre respuesta a un llamado, pasa a *ser de*: Hijos de quien “llamáis Padre” (1 Pe 1,17). Si el *estar* califica la pertenencia natural. El *ser de* califica el vínculo de Alianza, que presupone la libre mutua y recíproca elección y donación.

⁶⁹ Así divide el pasaje Lightfoot: “The Lord’s prayer in this chapter deals with three subjects: (i) 17,1-8, His own commission, and the fulfil-

las tres etapas de la expansión del nosotros: Protonosotros trinitario, Deuteronosotros trinitario-apostólico. Tritonosotros trinitario-eclesial postpascual. Y hacemos notar cómo se pasa de una fase a otra de la expansión del nosotros mediante la misión. Primero la del Hijo, luego la de los que el Padre le dio.

Protonosotros trinitario:	vv. 1-8
Misión del Hijo:	vv. 3.4.6.8.
Deuteronosotros:	vv. 9-19
Misión de los apóstoles:	v. 18
Tritonosotros postpascual:	vv. 20-26

La Misión es el modo propio de estar en el mundo. Y ella está al servicio de la expansión del nosotros. O sea al servicio de *ser del* nosotros (no del mundo) y de incorporar a los que aún son del mundo, a la koinonía divina, en la Iglesia.

2.4.2.3. *Los que son míos no están aún conmigo*

La pertenencia, el *ser de*, reclama el estar juntos, el *estar en* el mismo lugar. La oración de Jesús reconoce que Jesús y los discípulos estarán separados pero pide que se restañe la separación: “Ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo” (v. 11), “Padre, quiero que donde yo esté estén también conmigo” (v. 24). Mientras que Jesús está en el lugar de su pertenencia: el Padre; los discípulos están donde no pertenecen: el mundo. Están en el mundo sin ser del mundo, pero para que el mundo sea de ellos, es decir, del Padre. El “mundo” queda así definido por referencia a Jesús y a los suyos, como lo que no los recibe. Como lo que los odia.

2.4.2.4. *Enviados al mundo como el Hijo*

“Como tú me has enviado al mundo yo también los he enviado al mundo” (v. 18).

Los discípulos están en el mundo como enviados por Jesús, con la misma misión que éste traía del Padre. Prolongan la misión del Hijo. Y realizan la obra del Hijo.

ment of it; (ii) 17,9-19, the community of the disciples, which is to represent Him in the world; (iii) 17,20-26 those in the future who receive their faith through the disciples' teaching. The Lord prays that through their union in love, both with one another and with the Father and the Son, the world may come to believe in the mission of the Son, and also, through the perfected union of believers, to know not only the mission of the Son, but the Father's love for believers, a love no less than His love for the Lord” R. H. Lightfoot, *St. John Gospel A Commentary*, Oxford 1957, p. 296-297.

Se adelanta en la última cena lo que se volverá a decir en el cenáculo después de la resurrección: “Como el Padre me envió también yo os envío a vosotros. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados, a quienes se los retengáis les quedan retenidos” (Jn 20,21-23). El resucitado envía a los suyos, comunicándoles el poder del Espíritu Santo y con él las llaves para admitir o excluir de la pertenencia. Ellos son, frente al mundo, el rostro visible del nosotros. Entrar en comunión con ellos es entrar en comunión con Dios. Así como nadie va al Padre sino por Jesús (Jn 14,6) así ahora es por medio de la palabra de sus discípulos que creerán en Jesús (17,20).

Los discípulos prolongan la obra del Hijo. Son colaboradores suyos en la misma obra. Ese sentido tiene el texto de Mateo que invita a los discípulos a unirse al mismo yugo con Jesús: “Tomad mi yugo sobre vosotros... porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 29-30). A la luz de la legislación del Levítico 19,19 y Dt 22,10, que prohibía ayuntar animales de diversa especie bajo el mismo yugo, la invitación del Señor equivale a una declaración de koinonía, de semejanza (véase por el contrario la prohibición de Pablo a los cristianos de ayuntarse con los paganos 2 Cor 6,14).

La comunión en la obra del Hijo implica la comunión en sus padecimientos. El yugo implica el recuerdo de la Cruz que también deben tomar sobre sí los que quieran seguir a Cristo (Mc 8,34). Por eso, en la oración sacerdotal se recuerda la situación de los discípulos en el Mundo y se pide que el Padre los libere del Maligno (v. 15).

2.4.2.5. *“Guárdalos del Malo”, “Líbranos del Mal”*

La situación de los discípulos en el mundo es una situación de peligro. Han de ser guardados, protegidos contra el Malo: *ponerós*.

Ho ponerós, no es un nombre propio. Es un nombre común, un adjetivo elevado a nombre propio, para designar a Satanás, Beelzebul, Príncipe de los demonios o Príncipe de este mundo, como prefiere llamarlo Juan (Jn 12,31; 14,30; 16,11); ya que para Juan: “el mundo entero yace en poder del Malo”.

Llama la atención que *ponerós* es el término con que tanto Jesús en su oración (Jn 17,15) como los discípulos en el Padre Nuestro (Mt 6,13; Lc 11,4) se refieren al Espíritu del Mal. Jesús

pide al Padre que los *guarde* de él (hina teréses). Los discípulos piden *ser librados* (rúsai hemás): líbranos.

Se trata a todas luces de una fuerza superior a la de los discípulos y contra la que no podrían luchar en igualdad de condiciones. Él es, en efecto, padre de la mentira: “cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de eso” (Jn 8,44). Los rasgos que lo caracterizan en el pasaje de Jn 8,40-45, y que caracterizan a sus hijos (vuestro padre es el diablo v. 44) son éstos: se opone y no recibe la Palabra y la Verdad que trae Jesús; busca matarlo; es pues *homicida* y *mentiroso* desde el principio, y esos son sus *deseos*, su *epithumía*. Es el retrato exactamente antagónico del Espíritu Santo: Espíritu de Verdad, que da la Vida a los hombres y es Espíritu de agapé, de amor divino. Verdad contra mentira; Vida contra homicidio; agapé contra epithumía. El espíritu opuesto al Santo, merece su nombre de *enemigo* (ejthrés Mt 13,39; Sant 4,4).

Para entender el sentido del término “mundo” (gr.: kosmos, hebr.: colám) hay que tener en cuenta la doctrina del Espíritu Santo. El antagonismo del mundo, el odio del mundo a Cristo y a los suyos (Jn 17, 14), corresponde al antagonismo que Pablo describe en Gal 5,13-25; Pedro en 1 Pe 1,14-18; Santiago en 4,1-10.

Los discípulos sólo pueden enfrentar al mundo y al Maligno con la fuerza del Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad, el Amor y la Vida y el Abogado o Paráclito, defensor e intercesor que Jesús les entrega al enviarlos al mundo. El mundo, la carne, los apetitos militan contra el amor a Jesús y al Padre. Separan de ellos. Si el Espíritu Santo es la fuerza que une a los hombres a Dios en koinonía y les permite vivir desde su pertenencia al nosotros, el espíritu del mal es el que separa al hombre o se opone a su integración en el nosotros que lo invita. Y de ese modo lo arroja hacia la conciencia solitaria, autónoma, separada y por fin antagónica del nosotros.

La estructura de esta iniquidad, es la *desvinculación* y se manifiesta ya en el relato del pecado original, donde el hombre sigue su apetito desvinculándose de la voluntad y prohibición expresa de su creador. Elige el vivir autónomamente sus deseos. El principal engaño es el implícito en la provocación tentadora, que conduce a Adán a huir de la presencia, a apartarse y a ocultar su pecado.

Es del peligro de esta desvinculación por obra del engaño del Malo, que Jesús pide al Padre que guarde a los discípulos. No se trata por lo tanto de retirarlos del mundo, sino de guar-

darlos de la ruptura de la koinonía, de apartarse del nosotros, siguiendo el camino de las *epithumías* de la carne y de los ojos y la arrogancia de los propios bienes (alazoneía tou biou: soberbia de la vida, dice 1 Jn 2, 16). Se trata de la falsa seguridad que el hombre pone en sus bienes y le permite prescindir de los demás y en primer lugar de Dios. El mundo es el orden del cual el hombre es el centro y le permite vivir sin vincularse al nosotros, es sinónimo de carne, del hombre autónomo, el impío de 2 Tes 2,3ss que se sienta en el trono de Dios y se hace adorar.

2.4.2.6. *En el mundo material pero no materialistas sino del Espíritu*

Así podría sonar una glosa actualizadora del evangélico “en el mundo pero no del mundo”. Y es en esos términos en que lo interpreta Juan Pablo II en la encíclica Dominum et Vivificantem: “Por desgracia.. la cercanía y presencia de Dios en el hombre y en el mundo... encuentra resistencia y oposición en nuestra realidad humana (...). La oposición a Dios, que es Espíritu invisible, nace ya en cierto modo en el terreno de la diversidad radical del mundo respecto de él, esto es, de su visibilidad y materialidad con relación a él, Espíritu invisible y absoluto; nace de su esencial e inevitable imperfección respecto a él, ser perfectísimo. Pero la oposición se convierte en drama y rebelión en el terreno ético, por aquel pecado que toma posesión del corazón humano, en el que la carne tiene apetencias contrarias al espíritu y el espíritu contrarias a la carne (Gal 5,17)” (Nº 55).

“Por desgracia, la resistencia al Espíritu Santo... encuentra... en la época moderna su dimensión externa, concentrándose como contenido de la cultura y de la civilización, como sistema filosófico y como ideología, como programa de acción y formación de los comportamientos humanos. Encuentra su máxima expresión en el materialismo, ya sea en su forma teórica —como sistema de pensamiento— ya sea en su forma práctica —como método de lectura y de valoración de los hechos— y como programa de conducta correspondiente. El sistema que ha dado el máximo desarrollo y ha llevado a sus extremas consecuencias prácticas esta forma de pensamiento, de ideología y de praxis, es el materialismo dialéctico e histórico, reconocido hoy como núcleo vital del marxismo”.

“Por principio y de hecho el materialismo excluye radicalmente la presencia y la acción Dios, que es espíritu, en el mundo y, sobre todo, en el hombre por la razón fundamental de que no acepta su existencia, al ser un sistema esencial y programáti-

camente ateo. Es el fenómeno impresionante de nuestro tiempo... el ateísmo. Aunque no se puede hablar del ateísmo de modo unívoco, ni se le puede reducir exclusivamente a la filosofía materialista dado que existen varias especies de ateísmo... sin embargo es cierto que un materialismo verdadero y propio... tiene carácter ateo (...). Se puede decir que el materialismo es el desarrollo sistemático y coherente de aquella resistencia y oposición denunciados por San Pablo" (Nº 56) (...).

"En la contraposición paulina entre el espíritu y la carne está incluida también la contraposición entre la vida y la muerte... El materialismo, como sistema de pensamiento en cualquiera de sus versiones, significa la aceptación de la muerte como final definitivo de la existencia humana. Todo lo que es material es corruptible y, por tanto, el cuerpo humano (en cuanto animal) es mortal. Si el hombre en su esencia es sólo carne, la muerte es para él una frontera y un término insalvable. Entonces se entiende que pueda decirse que la vida humana es un existir para morir (...). En el horizonte de la civilización contemporánea los signos y señales de muerte han llegado a ser particularmente presentes y frecuentes (...) desde el sombrío panorama de la civilización materialista y, en particular, desde aquellos signos de muerte que se multiplican en el marco sociológico e histórico en que se mueve ¿no surge acaso una nueva invocación, más o menos consciente, al Espíritu que da la vida?" (Nº 57).

En toda esta exposición del Papa, es fácil reconocer la actualización de los temas bíblicos, o la relectura bíblica de los tiempos presentes.

Si el hombre no tiene comunión con Dios, entonces la verdad es la muerte del hombre. Pero precisamente esa es la mentira del espíritu homicida en poder de cuyo engaño yacía el mundo hasta la llegada de Cristo y los suyos y hasta la efusión del Espíritu que permite a los hombres entrar en comunión con Dios.

La pertenencia a Dios y a la Iglesia por el amor de agape, funda un nuevo modo de existir en el mundo y relacionarse con la creación: los demás hombres y todas las creaturas. No sólo a predicar ese nuevo modo, sino a existir de acuerdo a él, han sido enviados al mundo los hijos de Dios.

2.4.2.7. *El mundo los ha odiado*

El odio de que son objeto los hijos en el mundo, se explica por los apetitos contrarios de la carne y del espíritu, norma de hermenéutica histórica que ha vuelto a poner de relieve el Papa

en su Encíclica *Dominum et Vivificantem*, pero que había ya desarrollado ampliamente antes de asumir el pontificado en sus Ejercicios en el Vaticano: *Signo de Contradicción* (Madrid, Bac Minor, 1979).

Si el aporte propio de los cristianos al mundo ha de ser el mensaje de la pertenencia y la invitación a la koinonía, esa manera de ser: vinculada mediante un acto libre de adhesión como es el agape, y por lo tanto *espiritual*; es resistida por proyectos de vida cerrados a la participación y a lo interpersonal. Cerrados, quiere decir que no los admiten como norma última, aunque puedan aceptarlos como instrumentales o en la medida en que no obstaculicen sus metas.

Por eso, si el cristiano, en procura de una meta histórica, relega, olvida o abandona su pertenencia, pierde su identidad, pero también aquello mismo que ha sido enviado a traer al mundo. Y es a la trágica posibilidad de que esto suceda que se refieren expresiones neotestamentarias como "Guárdalos del Mal" (Jn 17, 15) "no queráis conformaros (susjematízesthe) a este eón, sino transformaos (metamorfousthe) por la renovación de la mente para nuestro discernimiento de la voluntad de Dios, de lo bueno, lo agradable, lo perfecto" (Rm 12,2). No hay una posibilidad de encontrar el bien al margen de lo que es agradable a Dios, ajustado a su querer y perfecto como Él. No hay por lo tanto posibilidad de realizar el bien fuera de la relación de pertenencia, de adhesión libre y amorosa al Nosotros divino-eclesial. El laico en el mundo está como quien ha sido enviado a realizar esta pertenencia.

Su modo de estar en el mundo deriva de su koinonía: "conformes (summorfoús) con la imagen de su Hijo" (Rm 8,29, Cfr. Fil 3,21), y no con la "figura de este mundo que pasa" (sjématou kosmou toutou; 1 Cor 7,31).

2.4.3. *El modo cristiano de estar en el mundo*

2.4.3.1. La postura cristiana, en tiempos del Nuevo Testamento, las actitudes de los cristianos respecto de los demás hombres y el modo cristiano de estar en el mundo, significaba una novedad respecto de las imperantes entre judíos y gentiles de esa época⁷⁰. Veremos cómo la postura cristiana compatibiliza y afirma la compatibilidad de vivir en comunión con Dios y con los

⁷⁰ En este punto seguimos el estudio de S. Lyonnet, *La perfección del cristiano 'animado por el Espíritu' y su acción en el mundo según San Pablo*, en: *La Vida según el Espíritu*, Salamanca 1967, pp. 249-274.

hombres, así como concilia la manera de estar en la materia con el culto divino.

Los judíos vivían su comunicación con Dios en tal forma que excluía o impedía su relación con los demás hombres, a menos que éstos se purificaron por su conversión a la Alianza y su entrada en el Pueblo de Dios. El judío que quería observar la ley en toda su integridad, debía separarse del mundo pagano, no solamente en cuanto a la abstención de los vicios propios del paganismo, sino que tenía que renunciar a toda clase de contactos con él.

Por su lado, los griegos ponían la perfección del hombre en la imitación, en la asimilación de Dios. Pero para lograrlo debían desligarse del mundo sensible, del mundo de la materia. Con la actividad de su inteligencia aspiraban a participar de la inmaterialidad del acto puro. Para Aristóteles la perfección misma de Dios le impide conocer el mundo y más aún interesarse por él.

Frente a la separación judía, Pablo no pide a sus cristianos que se separen del mundo en que viven, les da como norma la permanencia en el estado de vida en que fueron llamados. El esclavo no podía convertirse al judaísmo mientras no fuese libre, pues no podía, siendo esclavo, observar el reposo sabático y las demás observancias rituales respecto de los alimentos y purificaciones. Pablo, con su consejo de permanecer cada uno en el estado en que lo llamó el Señor (1 Cor 7,17-24) quiere hacerle comprender a sus cristianos, los cuales podrían no advertir la diferencia existente entre los cambios que se exigían de ellos por su conversión al cristianismo y los cambios exigidos de los conversos al judaísmo, qué distinta es la ley de Cristo de la ley judía y cómo la perfección del cristiano es posible alcanzarla en la misma situación exterior en que uno se encuentra: hasta qué punto se puede estar en el mundo sin pertenecerle.

Es precisamente así, sin separarse de los demás hombres más que en el pecado, como, a imitación de su maestro (Hb 4,15), el cristiano, sin avergonzarse de ser hermano de todos los hombres, no se aparta de los hombres como hacían los judíos. Un nuevo concepto de pureza e impureza —según el cual sólo lo que brota del corazón puede hacer impuro al hombre, pero no lo que viene de fuera— le permite al cristiano estar en el mundo sin pertenecerle por el pecado (Mc 7,20).

Esto es precisamente lo que pide su Maestro, en la oración sacerdotal, para ellos: “no te pido que los saques del mundo, sino que los guardase del Malo” (Jn 17,15). Y es la misma gracia que

les enseña a pedir en su oración “no nos dejes caer en la tentación, libranos del mal” (Mt 6,13). El Padre Nuestro, expresa también la conciencia cristiana acerca del estar en el mundo.

Por otra parte, frente a la cultura pagana helenística, el estar en el mundo, la existencia terrena y temporal, como condición material y efímera, no es un impedimento para la comunión del cristiano con Dios. Todo lo contrario. Dios ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su único Hijo, lo ha enviado al mundo para salvarlo (Jn 3,15-17). A la luz de la doctrina de San Pablo, en particular Rm 8,19-23; Col 1.16-17; la Resurrección de Cristo y la de los creyentes “sirve de estímulo al cristiano para discernir, incluso en el universo de la materia *destinado a perecer* en apariencia, un valor de eternidad que no se habría atrevido a imaginar”⁷¹. La Creación entera participará un día de la libertad de los hijos de Dios. La salvación cristiana incluye, además de la resurrección de los cuerpos, la esperanza de una renovación cósmica. Y por otra parte, aunque el universo aparece como destinado a tener un fin: la *caridad* permanece. Lo que une al creyente a Dios y a los hermanos, el impulso que viene de Dios y lo lleva hacia el mundo, es una fuerza de Dios y por lo tanto eterna, actuante ya en el corazón del mundo y en el corazón del tiempo.

Cuando Pablo insta a “buscar las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” a “pensar en las cosas de arriba y no en las de la tierra” (Col 3,12) no invita a los cristianos a desinteresarse del mundo en que viven. Los invita a abstenerse de las obras de la carne y a buscar las del Espíritu. A “mortificar vuestros miembros *terrenos*, fornicación, impureza, liviandad, concupiscencia, avaricia, que es una especie de idolatría” (Col 3,5; cfr. Gal 5,16ss). “Vosotros pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos y perdonándoos mutuamente siempre que alguno diera a otro motivo de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros. Pero por encima de todo revestíos de la caridad, que es el vínculo de perfección” (Col 3,12-14; cfr. Gal 5, 22-26).

“San Pablo está pues muy lejos de exhortar al cristiano a que se evada del mundo en el que le ha colocado Dios. Ciudadano de otro mundo, donde se halla su verdadera patria (Fil 3,20-21; cfr. Hb 13,14), participando ya de la vida de Cristo resucitado, “escondido con Cristo en Dios” (Col 3,3), debe vivir una vida

⁷¹ S. Lyonnet, *Art. cit.*, p. 266.

celeste; pero vivirá esta vida en este mundo, inmerso en la ciudad terrena, con dificultad, con dolor —pues mientras viva en este “cuerpo mortal” (Rm 6,12) la carne estará en lucha constante con el Espíritu (Gal 5,17s; Rm 8,5s)— “mortificando sin cesar las obras de la carne con el Espíritu” (Rm 8,13). Verdadero Hijo de Dios animado por el Espíritu (Rm 8,14), no deserta de la ciudad terrena, puesto que la “construye” ya que sólo “la caridad edifica” (1 Cor 8,1). Una ciudad de acuerdo con las exigencias de la naturaleza misma del hombre, creado a imagen y semejanza del Dios de amor, y hecho, por consiguiente, para amar; una ciudad en la que se ama y en la que se es feliz en la medida en que es posible el amor, esbozo de la ciudad celeste; ciudad donde por fin se podrá amar sin límites y sin engaño, los dos sufrimientos mayores de nuestro exilio”⁷². “Lejos de desinteresarse del mundo, los cristianos deben meter en él la levadura que transforme todo en “cosas de arriba”, y hagan de esta manera la ciudad terrena, desfigurada por el pecado del hombre, un poco más conforme con el plan de Dios, tarea insistentemente recordada por los profetas y más aún por el mismo Cristo y sus apóstoles”⁷³.

2.4.3.2. Líneas de aplicabilidad actual

La tentación de condicionar el trato con los demás hombres a la aceptación de la *Ley*, no es un esquema de conducta exclusivo del judaísmo. Todo grupo que de alguna manera aparta del trato igualitario y discrimina a los que no pertenecen a su nosotros clauso, practica de hecho una conducta de pureza-impureza. Los mismos cristianos no son ajenos a deslizarse en esas conductas carnales. Hay una proclividad sombría a considerar como enemigo al que no es “de los nuestros” por el mero hecho de no serlo. De considerar que el trato con el extraño puede dañar la comunión del grupo o su comunión con los valores (absolutos) que lo aglutinan. Esa conducta se encuentra en las asociaciones ideológicas o políticas que practican tanto más consecuentemente cuanto inadvertidamente la discriminación. Y al cristiano, a su vez, lo acecha la tentación de replegarse frente a quienes practican estas conductas en perjuicio de los cristianos. Las exigencias evangélicas no han perdido actualidad.

También sigue vigente la óptica helénica de la incompatibilidad de Dios y la materia. La versión actual es el materialismo ateo, por el cual ya no es, como antes, la materia la que impediría

⁷² S. Lyonnet, *Art. cit.*, p. 261-262.

⁷³ S. Lyonnet, *Art. cit.*, p. 264.

acceder a Dios, sino Dios quien impediría habitar en el mundo haciendo justicia al ser mundano y material. Ya no la materia la que impediría el acceso a Dios, sino Dios quien alienaría al hombre de su ser hombre, material. En ambas versiones, lo que se excluye es la posibilidad misma de la *koinonía*. Y toca al cristiano, mostrar, en obras, el Espíritu que lo anima y les permite conciliarlas “reconciliando en sí todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (cfr. Col 1,20-21).

2.4.3.3. Puesto que ya llegó el Mesías

Que el Salvador del Mundo haya llegado ya, es también fuente de actitudes que caracterizan la actitud cristiana frente a la historia.

Las actitudes judías las describe así un autor judío S. W. Baron: “El judaísmo insiste en que los objetivos generales del pueblo judío y, en cierto modo, de la humanidad, serán alcanzados en un futuro desconocido gracias a medios tan milagrosos como misteriosos. Una ausencia tal de conexión entre la vida moral del individuo y el fin último e inconocible, catapultado de tal manera fuera de la esfera de influencia ética y que sólo puede alcanzarse por intermedio de la nación, no es inteligible sino desde el ángulo de un monoteísmo *histórico*”⁷⁴. En esta perspectiva la nación eclipsa al individuo.

En la perspectiva cristiana, la salvación propia y de la historia no depende ya de la venida del Salvador, incalculable e inapresurable. La salvación ha sido alcanzada y está ofrecida y son los cristianos los portadores de la invitación de ingresar a la *koinonía* de la salvación. La responsabilidad ética que pesa sobre los enviados es enorme y de alguna manera depende de ellos la salvación de la historia y de todos y de cada uno. Es quizás por eso que “el juicio comienza por la casa de Dios” (1 Pe 4,17) y que se exige más de quienes han recibido más (Lc 12,48). A este aspecto puede referirse también el *servicio* de los cristianos y su condición de *servidores* de todos.

2.4.3.4. Relación compleja con el mundo

No conviene simplificar la situación del cristiano en el mundo. El Nuevo Testamento la plantea en forma extremadamente compleja. Y conviene hacer justicia a esa complejidad, sin sacrificar aspectos que sería imposible agotar aquí. Pero al menos

⁷⁴ S. W. Baron, *Histoire D'Israël. Vie Sociale et Religieuse. T.I: Des Origines jusqu'au début de l'ère chrétienne*, Paris, PUF, 1956, p. 13.

terminamos esta parte alertando al respecto. En un estudio dedicado al tema, se ha hablado de la dramaticidad de la relación del cristiano con el mundo⁷⁵. Su autor, R. Schnackenburg, no se muestra partidario de “eliminar, mediante una separación conceptual, mediante una aclaración tan diferenciada que del mundo tiene el Nuevo Testamento, esa tensión que experimenta el lector de la biblia, debida a sus diversas acepciones y series de expresiones (...) el estilo lingüístico va desde el “mundo” como creación, como universo, como habitáculo del hombre, hasta el “mundo” como forma hecha historia, incluso como factor espiritual, como un terreno moral, que afecta al hombre en su quehacer”⁷⁶.

Aceptando y asumiendo las tensiones Schnackenburg recapitula su estudio así: “El cristiano vive en tensión continua en su relación con el mundo. Se encuentra entre la posesión y la pérdida de los bienes de este mundo, entre el servicio al mundo y la distancia del mundo, entre el placer y la renuncia. En su existencia unida al mundo presente y amenazada por la muerte y la contingencia, no existe un orden estático en sus relaciones con el mundo, sino únicamente una decisión y una conducta dinámica distinta en cada caso”⁷⁷.

El tratamiento que hace Schnackenburg es interesante, pero su enfoque, ajeno a subrayar la importancia primordial de la koinonía pasa por encima de este aspecto.

⁷⁵ R. Schnackenburg, *La Comprensión del Mundo en el Nuevo Testamento*, en: *Existencia Cristiana según el Nuevo Testamento*, Estella 1973, pp. 173-205.

⁷⁶ R. Schnackenburg, O. c., p. 200.

⁷⁷ R. Schnackenburg, O. c., p. 205.

En otro lugar de esta obra, dice R. Schnackenburg: “Es verdad que los escritores del Nuevo Testamento no piensan en primer lugar en el servicio al mundo, en el trabajo profesional, en la estructuración de la sociedad y en la formación del futuro terreno, sino en las tareas apostólicas, en la obra misionera en el mundo. No hay que olvidar que las comunidades de aquel tiempo no poseían ninguna influencia política ni representaban ningún factor económico o social. Sin embargo ejercieron un poder religioso y moral en el mundo de entonces y constituyen, aun hoy, una advertencia continuada para la Iglesia actual de ver en esto su misión principal. Si el futuro de nuestro mundo actual no sólo es determinado por la ciencia y la técnica, por la previsión y la organización política, sino también y no en último lugar, por el comportamiento humano, por los esfuerzos humanos y morales, por las ideas y metas directivas de los hombres, entonces tiene la postura cristiana, que viene de la fe y lleva al amor, una significación eminente: es una esperanza indestructible porque levanta el futuro de la humanidad al plano del futuro de Dios, confiando en su promesa y fidelidad”, O. c., p. 400-401. Nuestro punto de vista está implícito aquí, pero nos parece que no debe quedar implícito sino que debe explicitarse.

2.4.4. *Velad*

Puesto que los discípulos están en el mundo, pero no son del mundo, y puesto que debido a esto el mundo los odia y el maligno ronda como león rugiente buscando a quién devorar, la actitud del cristiano en el mundo ha de ser de alerta, vigilancia continua.

En el capítulo 13 de Marcos es posible reconocer las instrucciones póstumas de Jesús a sus discípulos acerca de su futura situación en el mundo y la historia⁷⁸.

De hecho, la exhortación final, se extiende a todos los discípulos y se convierte, de instrucción esotérica, en enseñanza abierta: “lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡velad!” (Mc 13,37). Así fue usada, en efecto, en la paraklesis apostólica, como exhortación a todos los cristianos y para inculcarles una actitud de vida y de espíritu.

La necesidad de velar, vigilar o estar alerta, tiene relación con tres aspectos de la vida cristiana en el mundo: uno es la posibilidad de engañarse o ser engañados, ya sea por el deslumbramiento con las instituciones, ya sea por impostura; otro es por las situaciones de persecución que exigirá revisar las actitudes ante las autoridades y ante los familiares; otra por fin es la espera de la venida del Señor y de su juicio.

La relación definitoria del cristiano es su relación a Cristo. Pues bien, es esa misma relación la que se ve amenazada por la impostura, cuando vengan quienes se hacen pasar por él. El anticristo es un impostor y ejerce una persecución por impostura, no por oposición abierta.

La vigilancia es necesaria para velar sobre la grey o la casa, es decir sobre las pertenencias y los intereses del Señor. Es la actitud de los pastores en la noche (gregoreo, agrupneuo), de los vigías nocturnos. Parece haber una relación entre los cuatro discípulos y las cuatro velas nocturnas, tanto aquí en Mc 13 como en la escena del Huerto.

Para la conducta cristiana, la segunda venida del Señor, para juzgar, es un constitutivo esencial. No hay conducta específicamente cristiana si no se desarrolla a la luz de esta conciencia, por la cual toda decisión y todo el obrar está sometido a juicio ajeno. Y donde toda decisión se toma preguntándose acerca del

⁷⁸ Así ha releído este capítulo Juan Mateos, *Marcos 13. El Grupo Cristiano en la Historia*, Madrid 1987.

juicio del Señor sobre ella. Es un vivir y obrar *conferido*, que difiere totalmente de la conciencia solipsista del hombre solo ante sí mismo. El cristiano no actúa sólo sopesando razones y pros y contras, sino consultando el juicio divino. La situación de vinculación determina un modo de vida que sólo la vinculación señala, explica y determina.

Esto importa porque remite al juicio de Cristo su inevitable conflicto con el mundo. En efecto, como diremos inmediatamente, la vida secular del cristiano parece abocada inevitablemente y de antemano —por profecía del Señor, incluso— al choque entre sus aspiraciones de ordenar la creación instaurando un orden mundano que le permita vivir una vida cristiana y el orden mundano tal como lo encuentra, organizado, determinado y dominado por los que no creen. Y actualmente, por los que están de vuelta de la fe y no desean concederle ingerencia, no sin alegatos históricos atendibles.

Es necesaria la fe en el Juicio de Dios y en su Segunda Venida para que el juicio propio no se apodere de la Razón de la Historia y de la Razón de Estado. Perteneciendo a un Nosotros, los miembros serán juzgados por la cabeza de todos, conforme a la norma viva: el Protonosotros que lo originó y lo lleva adelante.

Velar esperando la venida del Señor para el juicio, es en realidad vivir atento a la propia conducta y sometiendo el hacer y dejar, las decisiones y operaciones, toda la vida, a la voluntad del Padre y al Juicio del Hijo. Es velar por sí mismo, atento al mal que sale del propio corazón (Mc 7,21).

2.4.5. *La cultura de la pertenencia*

En las dos mujeres del Apocalipsis, la ramera y la madre que huye para salvar al hijo, la que sirve la bestia y la que persigue la serpiente, la Babilonia y la Nueva Jerusalén, pueden verse dos ciudades, dos culturas, dos modelos de humanidad. Una es la mujer de la ephimía. La otra la mujer del agapé. Una es la ciudad de los deseos y los placeres, la del hombre autárquico y solipsista. Otra la cultura de la familia, donde lo primero es el hijo, lo interpersonal, la transmisión de la vida.

Hay una ineludible relación entre la relación religiosa, de la fe en Cristo, con la Mujer que huye al desierto para salvar al hijo. Entre fe y cultura familiar. Pero también entre amor familiar y persecución.

El fiel laico, en un mundo babilónico, da, con su vida, con

la valoración de las personas por encima no sólo del bienestar, sino incluso de las “razones”, las “ideas”, las “conveniencias” y los “valores”, el testimonio del Gran Nosotros inclusivo del absoluto, porque inclusivo de las Tres Personas.

El deslizamiento de la vinculación real a un Ersatz gnóstico es fácil y a la vez puede pasar inadvertido, es de difícil percepción. La revinculación cordial puede quedar oculta incluso para el mismo corazón. Sobre todo si permanecen las formas exteriores, del lenguaje y el entorno. El que incurre en infidelidad, es renuente a calificarse de infiel y al apóstata no le gusta el calificativo. El deslizamiento de la cultura de la pertenencia a la cultura babilónica procura salvar las apariencias. Sobre ese cambio pertenencial no se llevan estadísticas. Y el mismo cambio forma parte de una gran maniobra de engaño capaz de “engañar a los mismos elegidos”. El precepto de velar, se refiere también a la atención requerida para percibir lo casi imperceptible. Pero porque lo perciben, los creyentes son los vigías de la Humanidad y los que la defienden por la noche, contra los invasores que vienen desde la noche de lo impersonal para robar la herencia de los hijos de Dios.

2.4.6. *La victoria del creyente*

Al asignar a los creyentes el orden secular como lugar propio, la Iglesia les recuerda la vocación y misión que Dios les confía.

Son enviados al mundo y han de insertarse plenamente en las tareas seculares, sociales, políticas y económicas.

Pero no olvidemos que la acción secular de los creyentes implica acceder a posiciones de poder. Y esas posiciones ni están vacantes ni les serán fácilmente cedidas, sino todo lo contrario, probablemente, disputadas y sustraídas, ya que el poder, económico, social, político es el objeto de las concupiscencias, de la triple concupiscencia que caracteriza al mundo y a su Príncipe y que el cristiano tiene prohibido amar.

El poder, objeto de legítimos controles, pero también de emulación y de disputa, genera rivalidades y es capaz de dividir entre sí a los mismos creyentes, no sólo en su acción secular sino incluso en sus tareas intraeclesiales más santas y bienintencionadas.

Pero la lícita voluntad de influir en el mundo y en su configuración, genera desconfianza en los no creyentes respecto

de los creyentes. Lo que decía León XIII podría repetirse hoy y de hecho lo ha vuelto a tener que afirmar el Vaticano II. “Afirmar algunos —decía León XIII en su Carta *Au Milieu des Sollicitudes*, 9-13— que el verdadero fin y la energía en la acción inculcada por Nos a los católicos para la defensa de su fe tienen como móvil oculto y principal no la defensa de los intereses religiosos, sino la ambición de conferir a la Iglesia un poder temporal para la dominación política del Estado. Esta afirmación viene a resucitar una antiquísima calumnia, inventada ya por los primeros enemigos del cristianismo . . . Nos, hemos debido recordar brevemente el pasado —dice el Papa tras recordar las persecuciones emanadas de esa calumnia— para que el presente no desconcierte a los católicos. La lucha, en esencia, es siempre la misma”.

En la *Gaudium et Spes* 36-41, la Iglesia ha tenido que volver a repetir, una vez más, lo que León XIII demuestra en la citada carta, que la Iglesia repite incansablemente desde sus orígenes.

Los nosotros clausos recelan la invitación del Nosotros abierto. No sólo la recelan, sino que pueden a menudo malentenderla y rechazarla. Y ciertamente son más proclives a eso los que dentro de esos nosotros clausos —los reyes y señores de las naciones— ejercen el dominio sobre ellos.

A los cristianos, el Nuevo Testamento no les promete ni la toma del poder, ni que lograrán instaurar el Reino de Dios sobre la Tierra. Este sigue siendo una realidad por cuya realización se pide al Padre. Pero sí se les asegura que su victoria consiste en la fe, o sea en su permanencia en el amor, en su permanencia en el nosotros. Su victoria que vence al mundo es su fidelidad, porque eso es lo que el mundo no tiene ni puede dar. Y ése el motivo por el cual los considera —con razón— distintos. Y los odia.

A su vez, su fidelidad los impele a —los debe impulsar a— empeñarse en el mundo por la expansión del Nosotros, de modo que, en él, todos seamos más. Pero *velando* para que esa lucha no se haga de tal modo que —de hecho— redunde en perjuicio de la solidaridad del Nosotros o en perjuicio de algunos. *Velando* para no desertar la causa del nosotros so pretexto de lograr su expansión. Ese es el desafío, esa la lucha ardua. Allí está todo el posible engaño y triunfo del mal-igno. Y sobre eso versará el juicio de Jesús cuando vuelva. Ser agentes de la pertenencia es su meta y su límite. Su capacidad, su motivo y su modalidad propios, distintivos y específicos. Eso caracteriza su ser; es su santidad: su don y su tarea; eso su vida en Iglesia y su misión en el mundo.

2.4.7. *Reino de Dios = Familia de Dios*

La tentación para el cristiano deseoso de instaurar la civilización del amor y de realizar el Reino de Dios sobre la tierra, es la misma que se le ofreció a Cristo: “todos estos *reinos* te daré si te postras y me adoras”. No se puede ganar el Reino de Dios apartándose de Dios. Así de simple es el engaño. Pero igualmente difícil reconocerlo.

Los Reinos de este mundo y los reyes y señores de este mundo, tienen, en el Nuevo Testamento, una respetuosa sumisión pero una lúcida crítica de su modo de ejercer el poder, en oposición al servicio de Cristo como norma cristiana.

Lo que caracteriza al Reino de Dios, tal como lo trae Jesús, es que es un reino familiar, porque el Reino de Dios se revela como la Familia de Dios, en la que todos son hermanos e invocan al Padre común con la oración que su Primogénito les enseñó.

Vocación y Misión del creyente son por lo tanto inseparables. Han sido llamados a la familia de Dios y enviados a seguirla convocando. Este es el marco de toda su existencia terrena y temporal.